

IX. LA IMPORTANCIA DE LAS IDEAS

1. LA RAZÓN

La razón es el atributo exclusivo del hombre. La Economía estudia la razón por ser la herramienta que permite actuar al hombre.

Sólo el hombre: es capaz de transformar las realidades objetivas, en conocimientos; sabe ordenar sus experiencias y conocimientos.

El pensamiento precede a la acción. Pensar: es *reflexionar* una acción pasada o *ponderar* cierta acción futura. Pensar y actuar son fenómenos inseparables. La acción se ampara en específica idea que el individuo anteriormente se ha hecho de determinada *relación causal*. Al percibir una relación causal, el individuo formula una teoría. Tal vez el razonamiento sea defectuoso o la teoría incorrecta; sin embargo, la acción supone: previo pensar con ingenio; y teorizar. Pensar implica idear una acción posible. Incluso quien razona en torno a una teoría pura, lo hace porque supone que esa teoría es correcta, es decir, que si la acción se ajustara a esa teoría, provocaría los resultados previstos por el pensamiento.

Siempre quien piensa es un individuo. El razonar ha progresado dentro del marco social hasta llegar a la *penetrante* idea de la ciencia moderna. Pero razonar es obra individual. Es posible la acción conjunta; en cambio, el pensamiento conjunto es inconcebible. La *tradición* conserva y transmite ideas, incitando a las nuevas generaciones a continuar la labor intelectual. No obstante, el hombre que desea entender el pensamiento de sus antepasados tiene que *repensar personalmente* el correspondiente raciocinio. Entonces sólo el hombre puede proseguir y ampliar aquella idea recibida. La palabra es el vehículo principal del que se sirve la tradición. El pensamiento se halla ligado a la palabra, y viceversa. Los conceptos se encarnan en los vocablos. El lenguaje es el instrumento de la razón y el medio de la acción social.

El pensamiento *nace* de ideas elaboradas en épocas anteriores. Sin la participación del ayer, todo progreso intelectual es imposible. La continuidad del quehacer humano; el sembrar para nuestros hijos mientras cosechamos lo que cultivaron nuestros mayores; se refleja en la historia del pensamiento y las ideas.

Heredamos de nuestros antepasados: bienes de los que obtenemos riquezas materiales; pensamientos e ideas, teorías y técnicas a las que nuestra inteligencia debe su fecundidad.

2. DOCTRINAS E IDEOLOGÍAS

Las *teorías* que guían la acción humana son imperfectas e insatisfactorias. Incluso llegan a ser contradictorias.

Si *ordenamos* las teorías formando un sistema amplio y coherente; se califica a tal sistema de *doctrina*. Una doctrina como *teoría* que guía la acción humana *ofrece* una explicación de todos los fenómenos *a quienes creen* en esa doctrina; y como *norma rectora* de la acción humana *ofrece* fórmulas para remover la incomodidad en la mayor medida

posible. Por tanto, una doctrina: es una explicación racional de cuanto existe; y es una técnica¹.

La ideología surge en el campo de: la *acción humana* y la *cooperación social*. Una ideología es el conjunto de teorías de la acción individual y la relación social mantenidas por una persona o un grupo.

Las doctrinas e ideologías: examinan las cosas tal como son en realidad; son teorías; y predicán normas de conducta de cómo conviene estructurar la entidad social (*indican* al hombre cuáles son los fines últimos que debe aspirar).

En los *asuntos terrenales*, ejerce decisiva influencia: la natural afinidad de todos los hombres; y la identidad de sus necesidades biológicas en lo referente a la conservación de la vida². La mayor productividad de la cooperación (bajo el signo de la división del trabajo) hace que la sociedad sea el instrumento fundamental en relación a la consecución de los fines de cada hombre. Mantener la cooperación y su progresiva intensificación; interesa a todos los hombres. De ahí que las doctrinas e ideologías afirmen que la sociedad es el instrumento idóneo para conseguir aquellos fines que persigue el hombre en los asuntos terrenales. Admitido tal supuesto, surge una base común para comenzar a resolver los problemas secundarios y los detalles de la organización social. Por más que las distintas ideologías sean contradictorias entre sí; coincidirán en la conveniencia de mantener la cooperación social.

Al analizar las ideologías, nos fijamos en lo postulado por las ideologías con respecto a los asuntos terrenales. Lo único que interesa al hombre, es cómo debe actuar dentro del marco de la cooperación. Las ideologías reconocen que la división del trabajo es de mayor fecundidad. Consecuentemente, afirman la conveniencia de la cooperación.

Todos los partidos políticos aspiran al bienestar y prosperidad material de sus militantes. Sobre este punto no hay diferencia entre defensores de la libertad económica y partidarios del estatismo; entre nacionalistas e internacionalistas.

Las diferencias de criterios en lo referente a fines no son contrarios: ni impiden la cooperación ni impiden el compromiso en el campo de la acción social. En lo referente a medios esas diferencias de criterios son de carácter técnico, por lo cual cabe someterlas a examen racional³. Para los partidos que propugnan el bienestar material de los suyos y que, por tanto, coinciden en la procedencia de la cooperación social; las diferencias de criterios

¹ La Religión y la Filosofía: aspiran a generar doctrinas; e interpretan el universo indicando a los hombres cómo deben actuar.

² Los pensamientos (en torno a problemas) pueden ser tan diferentes (que ni el razonamiento ni la experimentación son capaces de dilucidar) que todo acuerdo entre unos y otros pensamientos es imposible. En el campo del pensamiento donde ni la lógica ni la experiencia pueden restringir las ilusiones mentales; el hombre da rienda suelta a su individualismo y subjetividad.

³ Cuando (en el calor de la disputa) uno de los partidos dice «es imposible seguir la discusión, pues se han suscitado cuestiones que afectan a nuestros principios ideológicos y, en tal materia, no cabe transar; es obligatorio que cada uno sea fiel a sus principios, cueste lo que cueste», pero las diferencias suscitadas son sólo de carácter técnico.

que se suscitan en torno a la mejor organización social y la más conveniente actuación; se refieren a cuestiones técnicas. Estamos ante problemas técnicos, en los que el acuerdo no es difícil. Los partidos prefieren una solución armónica, aun cuando esta solución pueda implicar el sacrificio de ciertos *detalles* ideológicos.

En los programas políticos, tales cuestiones técnicas son importantes. El partido político⁴ puede haberse comprometido a utilizar ciertos medios y aplicar específicos métodos de acción. Lo que distingue a unos ciudadanos de los otros; y *concreta* los partidos políticos; es la elección de los medios. Para la supervivencia del partido, el problema de los medios es importante. El partido tiene sus días contados en cuanto quede demostrada la esterilidad de los medios que pregonan. Los jefes cuyo prestigio y porvenir político se halla ligado íntimamente al programa político: advierten los peligros de permitir una amplia discusión de sus programas; prefiriendo atribuir a tales programas el carácter de fines últimos indiscutibles por hallarse basados en inmodificable doctrina. Pero: para la gente (en cuya representación esos jefes pretenden actuar) para los votantes (a quienes esos jefes desean atraer y cuyos votos mendigan) el planteamiento es distinto. Estos votantes no ven inconveniente en que se someta a detallado análisis el programa a tratar; pues tal programa es un conjunto de afirmaciones de cuáles son los medios más apropiados para alcanzar el fin que a todos interesa: el bienestar personal.

Son aparentes (en relación a los fines últimos) las diferencias entre esos partidos que aseguran tener ideas filosóficas propias y aspiran a objetivos finales distintos de los objetivos que persiguen los demás partidos. Los antagonismos surgen al suscitarse cuestiones pertenecientes: al planteamiento de las relaciones internacionales; a la propiedad de los medios de producción; o al sistema político más oportuno. Pero esos antagonismos sólo se refieren a los medios a emplear.

En lo referente al sistema político; existen los partidarios de la democracia⁵. Se afanan por demostrar que su sistema político es el más eficaz para lograr los objetivos a que aspiran todos sus oyentes. Resaltan los efectos que produjo su sistema político en épocas pasadas o en otros países; atacan a los sistemas políticos ajenos; por haber fracasado en la consecución de esos objetivos ambicionados. Recurren al razonamiento y a la experiencia histórica para demostrar la superioridad de su sistema político. Dicen: el sistema político que defendemos nos hará más prósperos y felices.

En lo referente al sistema económico, existen los liberales que defienden la propiedad privada de factores de producción⁶. Hablan de libertad, igualdad y justicia social; de derechos del individuo, comunidad, solidaridad y hermandad entre los hombres. Pretenden demostrar, mediante el razonamiento y la experiencia histórica, que sólo el sistema económico propugnado logrará hacer prósperos a los hombres. Aseguran a la gente que la

⁴ Partido político es la unidad que agrupa a cuantos creen en la conveniencia de emplear unos mismos métodos de acción.

⁵ Hay gente partidaria de la dictadura de izquierda Este sistema político busca justificación amparándose: en divinas instituciones; en el orden natural y en la inevitable evolución histórica.

⁶ Los socialistas que defienden la propiedad pública de los factores de producción; y los intervencionistas partidarios de un tercer sistema, *equidistante* del socialismo y el capitalismo

realización de su sistema económico elevará el nivel general de vida en mayor grado. Tal sistema económico tiene sus medios. Aspiran al máximo bienestar material posible para todos.

Los liberales⁷ dicen que los intereses de los diversos países se armonizan entre sí, al igual que acontece con los intereses de los distintos grupos y clases de cada país. Creen que la pacífica cooperación internacional es el medio más idóneo⁸ para alcanzar aquella meta a la cual todos aspiran: la riqueza y bienestar nacional. Aconsejan recurrir a la paz y al libre comercio; porque quieren enriquecer a su patria.

Ya que el hombre es un ser social, que sólo progresa dentro de la sociedad; todas las ideologías reconocen la importancia de la cooperación social. De ahí que los partidos políticos quieran encontrar la *organización social* más perfecta y que mejor sirva al deseo del hombre de alcanzar el máximo bienestar material. Lo que separa a los partidos políticos es la diferencia de criterio en torno a la oportunidad de los medios. Esas discrepancias ideológicas pueden ser analizadas y ponderadas a la luz de los descubrimientos de la Economía.

LA LUCHA CONTRA EL ERROR

El pensamiento lógico y la vida real constituyen órbitas juntas. La lógica es el único medio del que el hombre dispone para resolver los problemas que le plantea la realidad. Las ideologías *consecuentes* proporcionan soluciones satisfactorias a las cuestiones que plantea la vida. Los razonamientos no contradictorios sirven para no *enmascarar* los auténticos problemas, no impidiendo que la gente pueda adoptar, a tiempo, apropiadas conductas que permitan resolverlos.

El principal objetivo de la Economía es reemplazar por pensamientos correctos y consecuentes; las contradictorias creencias de la elección popular. Sólo recurriendo a los medios que brinda la razón; cabe impedir la desintegración social y garantizar el constante mejoramiento de las condiciones de vida. El hombre debe examinar con el máximo rigor cuantos problemas *se le* causan; hasta alcanzar finalmente aquellas impasables fronteras que la mente humana, en cada caso, ya no pueda salvar. No debemos conformarnos con las soluciones sugeridas por pasadas generaciones, ni ceder en la lucha por el más perfecto

⁷ Los nacionalistas aseguran que existen conflictos irreconciliables entre los diversos países; armonizando, por el contrario, los intereses correctamente entendidos de todos los ciudadanos dentro del país. Un país sólo puede progresar a costa de los demás países; y ese país únicamente progresa cuando su nación predomina.

⁸ Los conflictos religiosos son implacables e inexplicables. En cuanto una secta religiosa aborda el campo de la acción política y pretende estructurar la organización social; se ocupará de intereses mundanales, pese a que ello exige a veces adular sus dogmas y artículos de fe. Al exponer sus principios esotéricos, ninguna religión se aventuró jamás a decir francamente a sus feligreses: la implantación de nuestras ideas nos empobrecerá, rebajando vuestro nivel de vida. Quienes querían abrazar una vida de austeridad y pobreza se refugiaron en retiros *monásticos*, rehuyendo la escena política. Pero aquellas sectas religiosas que aspiran al proselitismo y desean influir en la conducta política y social de sus fieles; no condenan lo que en el mundo resulta atractivo. Cuando dichas sectas se enfrentan con los problemas materiales que suscita la *peregrinación* terrena, en poco difieren de los partidos políticos. Insisten más en las ventajas tangibles que los creyentes tienen reservadas; que en las bienaventuranzas del más allá.

conocimiento que permita eliminar el error en el mayor grado posible. Hay que divulgar la verdad, desenmascarando las falsas doctrinas.

Los problemas en cuestión son de orden puramente intelectual y como tales deben ser abordados. El problema consiste: en determinar qué cosas deben considerarse buenas y cuáles malas.

Es propio del curso normal de la historia, concebir *nuevas* ideas, desacordes con las ideas entonces prevalecientes. Algunas de estas nuevas ideas serán luego incorporadas al conjunto de conocimientos aceptados como verdaderos por la opinión pública.

Los economistas *monetaristas baratos*; ofrecen fórmulas para hacer felices a todos mediante manipulaciones dinerarias; se trata de puras fantasías. Pero tales fórmulas son consecuente aplicación de las ideologías monetarias: que la opinión pública contemporánea suscribe; y que todos los gobiernos aceptan en sus programas. Las objeciones opuestas por los economistas a esos errores ideológicos; ni la administración pública ni los partidos políticos ni la prensa las toman en cuenta.

Los deshonestos en Economía consideran la expansión del crédito y el aumento de la cantidad de dinero; medios eficaces para reducir, de modo permanente, el interés por debajo del nivel que alcanzaría en un no interferido mercado crediticio y de capitales. La idea es errónea. Y, sin embargo, tal supuesto informa la política monetaria y crediticia de casi todos los gobiernos. Una vez dada por buena tan dañina ideología, nada cabe objetar a los planes que los falsos reformadores han venido proponiendo. Tales arbitrariedades aspiran a reducir el interés a cero y a suprimir así, de una vez para siempre, la «escasez de capital». Quien pretenda refutar tales supuestos; habrá primero de demostrar la inconsecuencia de las teorías en que se basa toda la política monetaria y crediticia de los grandes países.

Los conceptos esgrimidos en favor de la tesis según la cual el interés (mediante la expansión crediticio) puede ser reducido de 5% a 2% igualmente actúan en favor de su reducción a cero. Los monetaristas baratos tienen razón cuando sus teorías se enjuician a la luz de las falacias monetarias más conocidas⁹. El hombre sólo dispone de un instrumento para combatir el error: *la razón*.

3. EL PODER

⁹ Las doctrinas del nazismo son erróneas, pero en lo esencial coinciden con la ideología socialista y nacionalista. Los nazis preferían la regulación estatal de la vida mercantil y la autosuficiencia económica, es decir, la autarquía nacional. No estaban dispuestos -decían- a quedar «encarcelados» para siempre en un territorio relativamente superpoblado cuyas condiciones naturales daban lugar a que allí la productividad del trabajo resultara inferior a la que se lograba en otros países. Creyeron que sus grandes cifras de población (una favorable situación estratégica y la proverbial fuerza y valor de sus instituciones armadas) les deparaban buena ocasión para remediar mediante la agresión aquellos males que deploraban.

La sociedad es producto de la acción humana. La acción humana se guía por ideologías. Por tanto, la sociedad es fruto de específicas ideologías; y se supone que las ideologías engendran las distintas situaciones sociales. Las ideologías *sólo trascienden* merced a la cooperación de quienes piensan. El pensamiento avanza porque cada pensador se ve apoyado en su esfuerzo por la labor que realizaron *anteriores generaciones*; quienes: forjaron los instrumentos del pensar (los conceptos y las terminologías); y plantearon los problemas.

Todo sistema social fue pensado y proyectado *antes* de ser puesto en práctica (precedencia *temporal y lógica* del factor ideológico). Lo que se piensa; y lo que debe pensarse *antes*; son las acciones de los individuos con respecto a sus semejantes; y las acciones de los diversos grupos ya formados con respecto a los demás. Antes de que un individuo ayude a otro a cortar un árbol, dicha operación debe ser pensada. Antes de que tenga lugar un acto de trueque, debe concebirse la idea de la recíproca ventaja derivada del intercambio de bienes. No es necesario que los interesados se den cuenta; que ese mutualismo está estructurando lazos comunes y engendrando un sistema social. El individuo ni planea ni actúa pensando en la creación de una sociedad. Pero su conducta y la conducta de los demás; engendran los cuerpos sociales.

Toda institución social es fruto de ideologías anteriormente pensadas. Dentro de una organización social; pueden surgir nuevas ideologías que se sobrepongan a las ideologías anteriormente mantenidas, transformando así el sistema. La sociedad es fruto de ideologías anteriores; previamente estructuradas, tanto en sentido temporal como lógico. Las ideas dirigen la acción, que luego *plasma* lo que *el anterior pensar* proyectara.

Personificar el concepto de ideología; cabe decir que tal concepto *ejerce poder* sobre los hombres. Poder es la capacidad para orientar la acción humana. El poder sólo se atribuye a un hombre o a un grupo de hombres. En este sentido, poder equivale a capacidad para ordenar la acción ajena. Quien disfruta del poder; debe su fuerza a una *ideología*. Sólo la ideología otorga poder a un individuo para influir en la conducta y decisiones de los demás. El hombre, para erigirse jefe, debe apoyarse en una ideología que obligue a los demás a serle dóciles y sumisos. Por tanto, el poder es un fenómeno moral y espiritual.

Quien se sirve de su poder para manejar el Estado; *gobierna*. Gobernar es ejercer poder sobre el cuerpo político. El gobierno se basa en el poder, en la capacidad de ordenar ajenas actuaciones.

4. EL MEJORISMO Y LA IDEA DE PROGRESO

Las ideas de avance y retroceso tienen sentido en el marco de *un sistema regulado por el origen mental y voluntarista de las causas que provocan cambios en el campo de la acción humana*. En tal supuesto; tiene sentido decir que se progresa al aproximarse a la meta deseada, considerando retroceso al movimiento contrario. Tales conceptos se deben referir: a una acción determinada y a un *objetivo* definido. Contemplando situaciones pasadas; cabe emplear acertadamente los conceptos de avance y evolución, de modo objetivo (si por evolución entendemos el proceso seguido por las situaciones pasadas hasta

llegar a las presentes). No confundir el cambio con el mejoramiento; y la evolución con la marcha hacia más elevadas formas de vida.

La gente se equivoca con frecuencia. No es cierto que la mayoría siempre tenga la razón, ni que conozca los medios idóneos para alcanzar los fines deseados. La democracia garantiza un gobierno acorde con los deseos e ideas de la mayoría; pero no puede impedir que la propia mayoría sea víctima del error y que, consecuentemente, acuda a equivocados sistemas, los cuales resultarán inapropiadas para alcanzar los fines deseados; y provocarán desastres por nadie deseados ni previstos. No basta, para garantizar el triunfo de una idea, el que esa idea sea de condición oportuna y conveniente. Sólo si los hombres, finalmente, adoptan normas de conducta razonable e idónea para la consecución de los fines ambicionados por ellos mismos, podrá progresar nuestra civilización; y entonces quedarán atendidos por la sociedad y el Estado los deseos de la gente, en la medida de lo posible, bien entendido que esta gente jamás podrá llegar a ser completamente felices. El futuro incierto para los hombres, revelará si esas condiciones acabarán por darse.

El hombre es libre en el sentido de que, cada día, opta y prefiere entre acogerse: a aquellas normas de conducta que llevarán al éxito; o aquellas normas que acercan al desastre, la descomposición social y la barbarie.

La inmensa mayoría quisiera disponer de más abundantes y mejores alimentos, vestidos, habitaciones y mil cosas materiales. Los economistas al considerar que la elevación del nivel de vida de la gente supone progreso y mejoría social; se limitan a decir que la gente siente fervientes deseos de ver mejoradas sus condiciones de vida. Por ello juzgan y ponderan las distintas fórmulas sociales posibles, según la idoneidad de esas fórmulas para conseguir aquellos objetivos que la gente ambiciona.

El criterio para enjuiciar la acción humana es ponderar si la acción es o no oportuna para alcanzar esos fines que la gente desea conseguir.

X. EL INTERCAMBIO EN LA SOCIEDAD

1. CAMBIO INTRAPERSONAL Y CAMBIO INTERPERSONAL

La acción humana consiste en sustituir una situación por otra. Cuando la acción humana se practica sin contar con la cooperación de terceros se denomina cambio intrapersonal. Ejemplo. El cazador que mata un animal para su propio consumo; cambia su ocio y cartucho de su escopeta por alimentos.

En la sociedad; la cooperación sustituye el cambio intrapersonal por el cambio interpersonal. El hombre da a otros para, a su vez, recibir de ellos. Surge la mutualidad. El hombre sirve a los demás con miras a ser servido por ellos.

La relación de intercambio es la relación social. El cambio interpersonal crea el lazo que une a los hombres *en sociedad*. Cuando no hay *intencional* reciprocidad; cuando el hombre, al actuar, no pretende beneficiarse de una actuación ajena; existe cambio intrapersonal. Es indiferente que la acción intrapersonal sea beneficiosa o perjudicial o no afecte a los demás. El genio creador puede realizar su tarea para sí mismo y no para la gente; sin embargo, es un destacado bienhechor de la humanidad.

La cooperación consciente y deliberada fue fruto engendrado por amplio proceso. La historia proporciona información acerca de la aparición del cambio interpersonal y de sus originarias manifestaciones. Ofrecer un regalo con la confianza de: obtener otro del obsequiado; y conseguir favorable acogida por parte del obsequiado cuyo resentimiento pudiera ser perjudicial; lleva implícita la idea del cambio interpersonal.

Las *categorías de la acción humana* son de condición convincente y absoluta, no admiten *graduaciones*. Sólo hay acción o no hay acción, cambio o no cambio. La frontera entre el cambio intrapersonal e interpersonal es nítida. Constituye cambio intrapersonal hacer obsequios unilateralmente sin ánimo de ser correspondido por parte del obsequiado. El donante goza de la satisfacción que le produce el contemplar la mejor situación personal del obsequiado, aunque el obsequiado ni sienta agradecimiento. Sin embargo, tan pronto como la donación pretende influir en la conducta ajena, deja de ser unilateral, convirtiéndose en un cambio interpersonal entre el donante y la persona cuya conducta se pretende influir. La aparición del cambio interpersonal fue fruto de larga evolución. Así, *el cambio* que, partiendo del cambio intrapersonal, engendrara el cambio interpersonal *constituyó un salto hacia algo nuevo y distinto*¹⁰.

2. VÍNCULOS CONTRACTUALES Y VINCULOS HEGEMÓNICOS

Existen dos formas de cooperación social: cooperación (en virtud de contrato y coordinación voluntaria) *contractual*; y cooperación (en virtud de mando y subordinación) *hegemónica*.

¹⁰ como lo fue el paso aquel que, de la reacción automática de las células y nervios, desembocó en la conducta consciente y deliberada, es decir, desembocó en la acción.

La cooperación basada en relaciones contractuales supone simétrica postura de las partes participantes. Los contratantes, en todo *negocio libre* de cambio interpersonal, son mutuamente iguales: Juan está con respecto a Tomás en la misma posición que Tomás lo está con respecto a Juan. Por el contrario, cuando la cooperación se basa en el mando y la subordinación, aparece uno que ordena, mientras otro obedece. Entonces, la relación es asimétrica. Existe un dirigente y otros a quienes aquél dirigente protege. Sólo el dirigente opta y dirige; los demás son simples instrumentos de acción en manos del dirigente.

El impulso que engendra y mueve a un cuerpo social es de condición ideológica. La propia conducta *integra* a cada uno en el cuerpo social. Ello sucede con todo tipo de vínculo social, incluso en el caso del vínculo hegemónico. Los hombres, al nacer, se encuentran ya encuadrados en las fundamentales organizaciones (la familia y el Estado). Ni la violencia ni la coacción pueden, por sí solas, forzar a uno a que, contra su voluntad, permanezca en la condición servil de un orden hegemónico. La violencia o la amenaza de violencia dan lugar a que el *sometimiento*, se considere más atractivo que la rebelión. Enfrentado con el dilema de soportar: las consecuencias de la desobediencia o las consecuencias de la sumisión; el siervo opta por las consecuencias de la sumisión, quedando así integrado en la sociedad hegemónica. Cada nueva orden que recibe, vuelve a plantearle el mismo dilema; y, al consentir una y otra vez, él mismo contribuye al mantenimiento del vínculo hegemónico. Ni aun sometido por semejante sistema, el siervo pierde su condición humana, es decir, la condición de ser una persona que no cede a impulsos ciegos; apelando, en cambio, a la razón para decidir entre alternativas.

El vínculo hegemónico se diferencia del vínculo contractual en el grado en que la voluntad del individuo puede influenciar el curso de los acontecimientos, Desde el momento en que el interesado opta por integrarse en un orden hegemónico, se convierte en instrumento del jerarca, dentro del ámbito del sistema y por el tiempo de su sometimiento. En tal cuerpo social sólo el superior actúa, en tanto dirige la conducta de sus subordinados. La iniciativa de los tutelados se limita a optar entre la rebelión o la sumisión (esta que les convierte en simples menores que nada resuelven por su cuenta).

En el marco de una sociedad contractual, los individuos intercambian entre sí cantidades específicas de bienes de definida calidad.

La civilización es fruto engendrado por gente que *cooperaron* bajo el signo de los vínculos contractuales. Caracteriza a la civilización el que la cooperación (entre las diversas familias que integran la nación) se realice sobre la base de vínculos contractuales¹¹ En algunas *esferas* la civilización *adopta* sistemas de estructura hegemónica. El Estado como aparato de compulsión y coerción es por definición un orden hegemónico..

¹¹ En épocas pasadas prevaleció una casi plena autarquía y aislamiento económico entre los distintos grupos familiares. Pero cuando esa autosuficiencia económica fue sustituida por el cambio interfamiliar de bienes; la cooperación se basó en vínculos contractuales en todas las naciones que comúnmente se consideran civilizadas. La civilización es obra forjada al amparo de relaciones contractuales.

Toda *cooperación humana y social mutualidad*; supone orden público y pacífica solución de las discrepancias. En las relaciones *internas* de cualquier entidad social ya sea contractual o hegemónica prosperará la paz. En un mundo contractual es posible la coexistencia de varios países.

La organización contractual de la sociedad supone un orden legal y de derecho. Implica gobernar bajo el imperio de la ley. El derecho, la legalidad es el conjunto de normas que predeterminan el terreno dentro de la cual el individuo puede actuar libremente.

3. LA ACCIÓN HUMANA Y EL CÁLCULO ECONÓMICO

Las categorías de la Economía son eternas y no cambiantes, ya que están determinadas por: la constitución lógica de la mente humana; y las condiciones naturales de la existencia del hombre. El hombre al actuar y teorizar (sobre la acción humana) no puede librarse de las categorías de la Economía ni rebasarlas.

La acción humana emplea números ordinales. Para que la acción humana emplee números cardinales y, consecuentemente, haga uso de las operaciones aritméticas, es necesario que concurren específicas circunstancias. Tales circunstancias se estructuraron a lo largo de la evolución histórica de la sociedad contractual. Así, es posible el *cómputo* y el *cálculo* para: *planear* la acción futura; y *ponderar* el resultado de pasadas actuaciones. Los números cardinales y las operaciones aritméticas son categorías eternas y no cambiantes de la mente humana. Pero su aplicación: a la acción futura; y a la evaluación de las pasadas acciones; solo es posible si concurren específicas circunstancias (coyunturas).

El hombre formuló la Economía, observando cómo operaba un mundo en el cual era posible las operaciones aritméticas y el cálculo de la acción humana. La Economía es la teoría científica que estudia *aquel dominio* de la acción humana en el cual cabe aplicar cálculo. Un abismo de máxima trascendencia (para la vida y el estudio de la acción humana) separa la acción humana calculable de la acción humana no calculable. Es nota típica de la civilización el haber arbitrado un sistema que permite aplicar las operaciones aritméticas a un amplio sector de actividades.

El deseo de comprender y *despejar* los problemas que se originan en un mercado donde cabe el cálculo económico; fue el punto de partida del pensamiento económico, del cual, después surgiera la Economía. Los problemas que nos interesan sólo toman cuerpo y cobran sentido; dentro del marco de una economía de mercado capaz de calcular. El darse cuenta de los problemas que origina el cálculo económico; es supuesto necesario para abordar los problemas *económicos*.

XI. VALORACION SIN CÁLCULO ECONOMICO

1. El ordenamiento gradual de los medios

El hombre *transfiere* a los medios *idóneos* el valor que *asigna* a los fines. El hombre transfiere a los medios *idéntico* valor *que asigna* a los fines.

El ordenamiento gradual de los medios: es un proceso en cuya virtud se prefiere **a** en vez de **b**; es el resultado de un juicio que nos hace desear con mayor intensidad **a** en vez de **b**; y se sirve de números ordinales. Cuando se me ofrecen 3 entradas para ver películas A, B y C; si, *pudiendo* ver sólo una, *elijo* A; y, si se me autoriza ver otra, elijo B; es porque he formulado una *elección*. Esto significa que prefiero A y B en vez de C; si hubiera de quedarme con una entrada elijo A y rechazo B.

Mediante la acción, aspiramos a obtener *conjuntos* de bienes que pueden ser ponderados y medidos. En tales supuestos, el hombre se ve en la situación de optar entre sumas numéricas: por ejemplo, prefiere 15r a 7p; si se hallara en el dilema de escoger entre 15r y 8p tal vez prefiera 8p. En este caso cabría reflejar la situación diciendo que, para él 15r vale menos que 8p, pero 15r vale más que 7p. *Continuamos sin poder servirnos del cálculo económico ni de aquellas operaciones mentales basadas en el cálculo económico.*

2. El rol del intercambio directo en las teorías del valor y los precios

El cálculo económico es categoría inherente a la acción humana practicada bajo ciertas condiciones. El cambio interpersonal y, por tanto, el intercambio de mercado (basado en el uso de dinero y precios) son fenómenos del sistema económico de mercado. Sólo a través de precios monetarios es posible el cálculo económico.

Las teorías del valor y los precios permite darnos cuenta cómo la elección personal de cada individuo; estructura los *precios de mercado* en el mundo del cambio interpersonal¹².

Para *reducir* los complejos fenómenos de mercado a la *simple* categoría de preferir **a** en vez de **b**; las teorías del valor y los precios recurren a *construcciones imaginarias o modelos*. Los modelos sin correspondencia con la realidad, son herramientas del pensar. Estos modelos nos permiten comprender la realidad. Una de las cuestiones de mayor importancia científica está en saber eludir los errores en que se cae cuando los *modelos* se manejan mal.

La *primera* teoría del valor y los precios recurrió al *modelo* que suponía la existencia de un mercado en que sólo existe intercambio directo. En tal modelo, el dinero no existe. Sin embargo, tal modelo es inevitable; pues para comprender que son bienes de consumo los que se intercambian por otros bienes de consumo; conviene excluir el dinero del análisis. Sin embargo, es necesario cuidarse de errores en que cabe incidir al *manejar* tal modelo.

¹² Estas teorías en esencia son irrefutables. La labor de completarlas y mejorarlas, en aquellos aspectos que necesitan de enmienda, debe consistir en lógica reestructuración del pensamiento de *sus* autores.

El primer error provocado por la errónea interpretación de *tal modelo*, fue *suponer* que el dinero es un factor neutral. Con arreglo a ese *supuesto*, lo único que diferencia el intercambio directo del intercambio indirecto está en el uso del dinero. La *interpolación* del dinero en la transacción no parecía afectar las bases fundamentales de los intercambios. La historia ha registrado las grandes fluctuaciones del poder adquisitivo del dinero y que tales fluctuaciones provocaran graves convulsiones en todo el sistema de intercambios. Sin embargo, se pensaba que dichos fenómenos eran *supuestos* excepcionales, provocados por medidas inoportunas; sólo la *mala* moneda podía dar lugar a similares desarreglos. Ello, desgraciadamente, suponía incidir en el error; al abordar las causas y efectos de esas fluctuaciones. Se pensaba erróneamente, que esas fluctuaciones del poder adquisitivo del dinero afectaban, por igual y al mismo tiempo, a todos los precios; el mito de la neutralidad del dinero desemboca en tal conclusión. En este sentido, se llegó a suponer que cabía estructurar la Economía en base al intercambio directo. Una vez logrado esto, bastaría (para completar el sistema) con «insertar» los conceptos dinerarios en los correspondientes teoremas. A tal dineraria complementación se daba poca importancia, pues parecía que no alteraría ningún concepto fundamental; y la misión esencial de la Economía consistiría en analizar el intercambio directo. Aparte de tal análisis, lo más que podía interesar era el estudio de los problemas provocados por la *mala* moneda.

Los economistas, a *tenor* de *esos supuestos*, se desentendían del intercambio indirecto, abordando superficialmente los problemas monetarios. Pero, los más trascendentales y difíciles problemas teóricos surgían en el campo del intercambio indirecto. El que los economistas comenzaran a preocuparse por la proporcionalidad entre interés *real* e interés *nominal*; el que se concediera cada vez mayor importancia a la teoría monetaria de los ciclos económicos; y el que se rechazaran las doctrinas que suponían la simultaneidad y la uniformidad de los cambios registrados por el poder adquisitivo del dinero; evidenciaba que había aparecido una nueva tendencia en el pensamiento económico.

Más nocivo fue el segundo error provocado por el poco riguroso manejo de *tal modelo*. Grave error fue *suponer* que los bienes (*objeto de intercambio*) habían de tener entre sí el mismo valor.

El valor es el reflejo del ansia con que el individuo aspira al bien que le apetece. La Economía se basa en el conocimiento de que el intercambio directo surge a causa del diferente valor atribuido por *las partes* a los objetos intercambiados. La gente compra y vende, única y exclusivamente, por cuanto valoran en menos lo que dan que lo que reciben. Si 2 bienes son diversamente valorados, lo más que cabe afirmar es que uno de ellos se valora en más. El valor y las valoraciones son expresiones intensivas.

Valorar significa preferir **a** en vez de **b**. El mismo significado tiene la persona que prefiere un cierto amigo a los restantes; y el consumidor que prefiere el pan a las golosinas. Preferir equivale a desear **a** más que **b**. No cabe ponderar ni medir la amistad, la simpatía o el placer estético; ni calcular numéricamente el valor de los bienes. Cuando alguien intercambia dos kilos de mantequilla por una camisa, lo más que cabe decir de ese acto es que el hombre -en el momento de acordar la transacción y en específicas circunstancias de aquel instante- prefiere una camisa a dos kilos de mantequilla. *En cada acto de preferir; es diferente la intensidad psíquica del subjetivo sentimiento en que se basa cada acto.* El

*ansia por alcanzar un fin puede ser mayor o menor; la vehemencia del deseo predetermina la cantidad de ese beneficio de orden psíquico que proporciona la acción cuando es idónea para provocar el efecto deseado, al individuo que actúa. Sin embargo, las cantidades psíquicas sólo cabe sentirlas, son de carácter personal; y no es posible, por medios de lenguajes, expresar su intensidad ni informar a nadie acerca de su íntima condición*¹³.

En el mercado aparecen los precios monetarios. El cálculo económico se efectúa en base a precios monetarios. Las diversas cantidades de bienes pueden ser tomadas en consideración; *al calcular*; teniendo en cuenta las sumas dinerarias por las cuales han sido compradas y vendidas en el mercado.

3. El problema del cálculo económico

La gente, amparándose en los conocimientos que les brindan las ciencias naturales, elaboran la tecnología que le ilustra *las diversas actuaciones posibles* en el mundo externo. La tecnología nos dice qué bienes (si los deseamos) pueden conseguirse; y nos informa acerca de cómo habremos de proceder. Gracias al progreso de las ciencias naturales se perfeccionó la tecnología; y el deseo de mejorar los diversos métodos tecnológicos impulsó el progreso de las ciencias naturales. El carácter cuantitativo de las ciencias naturales dio lugar a que la tecnología fuese cuantitativa. La moderna tecnología consiste en *conocimientos prácticos*; al amparo de *los cuales* se pretende predecir de modo cuantitativo el resultado de la acción. La gente calcula con mucha precisión el efecto que provoca: la contemplada acción; y la posibilidad de orientar la acción de tal suerte que pueda engendrar el fruto deseado.

Los factores de producción que manejamos pueden ser sustituidos unos por otros; pero *sólo en cierto grado*; es decir, para la consecución de los diversos fines deseados, los factores de producción son específicos. Sin embargo, los factores de producción en su mayoría no son absolutamente específicos, ya que muchos son idóneos para conseguir diversos fines. El que existan distintos factores de producción, o sea, que algunos, para la consecución de ciertos fines, resulten los más idóneos, no siendo tan idóneos cuando se trata de otros fines y hasta de que nada sirvan cuando se pretende conseguir terceros fines, *hace necesario ordenar y administrar el uso de cada factor de producción*. Es decir, el que los distintos factores de producción tengan diferente uso; obliga al hombre a dedicar cada factor de producción a aquel cometido para el cual resulte más idóneo. En este terreno, de nada sirve *el cálculo en especie* que maneja la tecnología; porque la tecnología: *opera* con bienes y fenómenos materiales que pueden ser objeto de ponderación o medida; y *conoce* la relación causa-efecto existente entre dichas realidades. En cambio, ninguna información nos brinda las diversas técnicas acerca de la específica importancia que tenga para el hombre cada uno de estos factores de producción. La tecnología nos habla del valor de uso objetivo. La tecnología aborda los problemas como pudiera hacerlo un imparcial observador que contemplara fenómenos físicos, químicos o biológicos. La tecnología nunca se enfrenta con los problemas del valor de uso subjetivo (con el problema humano por excelencia) por eso la tecnología no se plantea los dilemas que el hombre, al actuar,

¹³ No cabe establecer unidad de valor. Nunca tienen el mismo valor dos idénticas porciones de un cierto conjunto de bienes.

resuelve. La tecnología olvida la cuestión económica (la cuestión de decidir en qué cometidos conviene emplear mejor los factores de producción existentes) con la finalidad de que no quede insatisfecha ninguna necesidad más urgentemente sentida; por haber sido aquellos factores de producción invertidos en atender otra necesidad de menor interés. Para resolver tales incógnitas, de nada sirve la tecnología, con sus sistemas de cálculo y medida. Porque la tecnología más ilustra acerca: de cómo deben ser empleados determinados factores de producción, que pueden combinarse con arreglo a distintas fórmulas para provocar cierto efecto, así como de los diversos factores de producción a que cabe recurrir para alcanzar un fin deseado; pero jamás indica cuál es el procedimiento específico al que deba recurrir el hombre entre los múltiples procedimientos que permiten la consecución del fin deseado. Al individuo que actúa le interesa saber cómo debe emplear los disponibles factores de producción para cubrir de la manera más económica- sus necesidades. Pero, la tecnología solo ilustra *relaciones de causalidad* entre los diversos factores de producción. En este sentido puede decirnos que $7a + 3b + 5c + \dots + xn$ producirán $8p$. Aún dando por conocido el valor que el hombre, al actuar, pueda atribuir a los diversos bienes de consumo; la tecnología no brinda información acerca de cuál sea (entre la variedad infinita de fórmulas posibles) el procedimiento que mejor permita conseguirlos, es decir, que más cumplidamente permita conquistar los fines que ambiciona la gente. Los estudios de ingeniería nos dirán cómo debe construirse un puente, de determinada capacidad de carga entre dos puntos preestablecidos; pero no nos dicen si la construcción de ese puente no *apartará* factores de producción de otras aplicaciones de más urgente necesidad. No nos aclara si conviene o no construir el puente; dónde deba tenderse; qué capacidad de carga debe darse al puente y cuál sea el que más convenga adoptar, entre los múltiples sistemas de construcción. El cómputo tecnológico permite comparar los diversos factores de producción sólo si para la consecución de un objetivo, pueden sustituirse unos por otros. Pero la acción humana se ve obligada a comparar todos los factores de producción: por diferentes que sean; y con independencia de si pueden ser intercambiados entre sí en relación con la prestación de específico servicio.

De poco le servirían al hombre la tecnología; si no pudiera complementar los proyectos técnicos *injertando* en ellos los precios monetarios de los bienes. Los estudios ingenieriles tendrían interés puramente teórico si no existiera una común unidad que permitiera comparar costos y rendimientos. El hombre práctico que desea elevar el nivel de vida, suprimiendo el malestar de la gente en el mayor grado posible, tiene gran interés por dilucidar si sus proyectos, al final, conseguirán hacer a la gente menos desgraciada y si la sistemática adoptada es la mejor, en tal sentido. Lo que desea saber es si la obra será o no, una mejora en comparación con la situación anterior; si las ventajas que reportará ese proyecto serán mayores que las ventajas que cabría derivar de otros proyectos, técnicamente realizables, los cuales, sin embargo, ya no podrán ser plasmados; por haberse dedicado los recursos disponibles al cometido en cuestión. Sólo recurriendo a los precios monetarios, efectuando los oportunos cálculos y comparaciones, cabe resolver tales incógnitas.

El dinero es un instrumento del cálculo económico. El dinero es un medio de cambio comúnmente aceptado. Sí el dinero constituye medio de cambio, de tal suerte que la mayor parte de los bienes pueden ser comprados y vendidos por dinero; le es posible a la gente servirse de las expresiones monetarias para calcular. Los tipos de cambio (la relación de

intercambio entre dinero y bienes) que ayer registrara el mercado; y los tipos de cambio que, se supone, mañana aparecerán, son las herramientas mentales merced a las cuales es posible planificar el futuro económico.

4. El cálculo económico y el mercado¹⁴

La relación de intercambio entre dinero y bienes se halla en permanente cambio. Son hechos históricos, que reflejan lo que aconteció, en cierta ocasión y momento; bajo específicas circunstancias. Un determinado tipo de intercambio puede volver a registrarse, pero no hay certeza de que así suceda. Aun cuando reaparezca, no es posible asegurar: si esa reaparición fue fruto de las circunstancias que ayer lo provocaron (por haber reaparecido esas circunstancias), o si viene a ser la resultante de una nueva y totalmente distinta constelación de fuerzas. Las cifras que el hombre, al actuar, maneja en el cálculo económico; se refieren a los tipos de intercambio que el hombre -basándose en la comprensión histórica- supone registrará o no, el futuro mercado. Esos precios de mañana, los únicos que interesan al hombre que actúa, son el fundamento en que se ampara toda acción humana.

Nos interesa contemplar los procesos mentales del hombre cuando toma en cuenta consideraciones de orden cuantitativo, para ordenar su conducta. Por cuanto la acción humana pretende estructurar situaciones futuras; el cálculo económico también mira siempre el futuro. Si, a veces, se interesa por las circunstancias y los precios de ayer, es sólo para orientar mejor la acción que apunta al mañana.

Mediante el cálculo económico: se pretende ponderar los efectos provocados por la acción humana, contrastando costos y rendimientos. Se efectúa una estimación de cuál será el resultado de la futura acción; o se cifran las consecuencias de la acción ya practicada. Se determina qué proporción de los bienes producidos puede ser consumida sin perjudicar la futura capacidad de producción. Con esas miras fueron estructurados los *conceptos* del cálculo económico: capital y renta; pérdida y ganancia, consumo y ahorro; y costos y rendimientos. Sin embargo, el uso práctico de esos conceptos; y las ideas derivadas de esos conceptos sólo es posible en el marco del mercado, donde, contra el dinero, cabe contratar bienes.

¹⁴ El mundo económico se aborda mediante el cálculo económico. Lo característico del cálculo económico está en no basarse ni guardar relación con nada que pueda calificarse de medición. Medir consiste en hallar la relación numérica que tiene un objeto con respecto a otro objeto, el cual se toma como unidad. La medición se basa en dimensiones espaciales. Una vez definida de modo espacial la *unidad*, pasamos a medir la energía y la potencia; la capacidad que posee determinado fenómeno para provocar cambios en las cosas y situaciones e incluso el paso del tiempo.

XII. EL ESPACIO DEL CÁLCULO ECONÓMICO

1. El significado de las expresiones monetarias

El cálculo económico *abarca* todo lo que se compra con dinero.

Los precios son datos históricos que: reflejan hechos pasados; o suponen previsión de posibles eventos futuros. En el primer caso, los precios informan de que, en cierto momento, uno o más actos de trueque fueron practicados al tipo de cambio en cuestión. Cabe suponer que aquellas circunstancias del mercado *que* ayer provocaron la aparición de *determinados precios; subsistirán* durante cierto periodo, siendo por tanto improbable que registren brusca oscilación esas tasas de intercambio monetario. *Tales supuestos* son procedentes cuando los precios son consecuencia de recíproca actuación de múltiples personas dispuestas, respectivamente, a comprar y vender tan pronto como a ellos les parecen interesantes. Sin embargo, mediante el cálculo económico se pretende abordar el intercambio y la variación. El hombre, al actuar, desea: acomodarse a los cambios que prevé van a producirse sin intervención suya; o provocar cambios por sí mismo. Para el hombre, los precios del pasado son simples datos, de los que *parte*; para anticipar mejor los precios del futuro.

El hombre, al actuar, centra su interés en los precios futuros, pudiendo tal futuro contraerse a la hora, día o mes que, de inmediato, va a seguir. Los precios pasados son indicadores que el hombre contempla para prever mejor los precios futuros. Le interesa los precios que *luego* se registran: para prever el resultado de sus proyectadas actuaciones; y para calcular la pérdida o ganancia derivada de pasadas transacciones.

Los Balances generales y los Estados de ganancias y pérdidas *reflejan* el resultado de acciones pasadas; a través de la diferencia dineraria entre activo neto (activo total menos pasivo total) del primer y último día del ejercicio (el saldo resultante, una vez deducidos los costos, de los rendimientos por todos los conceptos. Pero es necesario traducir, en dichos Estados, las partidas del activo y pasivo (salvo la partida de caja) en su equivalente monetario. Las rúbricas en cuestión deberían ser cifradas con arreglo a los precios que se suponga se registrarán en el futuro próximo (los bienes de referencia) o, sobre todo, tratándose de factores de producción a tenor de los precios a que previsiblemente será posible vender los bienes producidos con esos factores de producción. Sin embargo, las costumbres del mercado, las disposiciones legales y las normas fiscales, han hecho que los métodos actuariales *no coincidan con esos principios* orientados a lograr la máxima correspondencia posible entre las cifras contabilizadas y la realidad. Son otros los objetivos que se pretende alcanzar, razón por la que la exactitud de los correspondientes Balances y Estados de resultados, hasta cierto punto, se desprecia. Las leyes *comerciales* aspira a que la contabilidad proteja a los acreedores; consecuentemente, valora los activos *por debajo* de su verdadero importe, para reducir los beneficios líquidos y el monto del activo neto; creando unos márgenes de seguridad que impidan al empresario retirar de la empresa (a título de beneficio) sumas excesivas, impidiendo a aquellas empresas que puedan hallarse en difícil situación proseguir operaciones posiblemente malbaratadoras de fondos ya comprometidos con terceros. A la inversa, las *leyes fiscales* propenden a calificar como ganancias sumas que no merecen (en buena técnica) tal consideración; con ello, procuran

incrementar las cargas tributarias. Por tanto, conviene no confundir el cálculo económico que hace el empresario (al planear futuras operaciones) con esa *escritura pública* reflejo de las transacciones mercantiles mediante el cual lo que se busca son objetivos hábilmente solapados. Una cosa es el cálculo económico y otra cosa es determinar las cargas tributarias. Si la ley (al gravar la servidumbre doméstica del contribuyente) establece que un criado ha de computarse como dos criados, se pretende dar a tal *asimilación* el significado puramente fiscal. Las disposiciones que gravan las *transmisiones* causadas por muerte; establecen que los títulos mobiliarios habrán de valorarse según la cotización bursátil de esos títulos en la fecha de la defunción del causante. Tales normas formulan específico sistema para pagar el impuesto correspondiente.

En una contabilidad bien llevada; es plena la exactitud aritmética de las cifras manejadas. Impresiona el detalle de los estados financieros; lo cual unido a la comprobada ausencia de todo error material, hace presumir a la gente la absoluta veracidad de los datos consignados. Sin embargo, las fundamentales partidas de los balances generales son especulativas previsiones de realidades que se supone mañana registrará el mercado. El empresario solo maneja sumas cuya cantidad dependerá de la futura conducta de la gente, cifras que sólo puede llegar a establecer mediante la comprensión. El problema central de los balances generales y los estados de ganancias y pérdidas es el modo de *valorar aquellos rubros* del activo y el pasivo *que no son* típicas de dinero. De ahí que dichos estados se consideran hasta cierto punto provisional. Reflejan, con la exactitud posible, cierta realidad económica en determinado instante, arbitrariamente elegido; mientras prosigue el devenir de la acción y la vida. En un balance cabe inmovilizar la situación de específico negocio; no es posible hacer lo mismo con el total sistema de producción social en permanente cambio y evolución. Es más: ni siquiera las cuentas de dinero, ya sean de activo o pasivo, se hallan libres de *esa indeterminación*, típica de todo rubro contable; pues el valor de las cuentas de dinero depende (igual que el valor de todas las demás cuentas) de las futuras circunstancias del mercado. Aquella engañosa exactitud aritmética de las cifras y los asientos contables no debe hacernos olvidar la característica incierta y especulativa de los correspondientes datos y de cuantos cálculos se practican con esos datos.

El cálculo económico ofrece al hombre cuantos servicios cabe derivar de la computación numérica.

Amparándose en el cálculo económico, el hombre se orienta para actuar del modo que mejor le permita atender aquellas necesidades que él supone aparecerán en el futuro. El cálculo económico supone la posibilidad de manejar un común denominador aplicable a la totalidad de las magnitudes computadas. El dinero es ese común denominador.

2. Las limitaciones del cálculo económico

Hay cosas que no son intercambiables por dinero; disfrutar esas cosas exige incurrir en diferentes costos. Las grandes hazañas supusieron el uso de diferentes medios, sólo algunos de esos medios podían ser adquiridos por dinero. Los principales medios, ineludibles para la realización de tales hazañas, no cabía comprarlos en el mercado. El honor, la virtud, la gloria, el vigor físico, la salud y la vida son a la vez, medios y fines; no es posible ponderar tales realidades mediante el cálculo económico.

Hay cosas que no cabe valorar en dinero. Hay otras cosas que sólo una parte de esas cosas puede ser cifrada en términos monetarios. Al *justipreciar* un antiguo edificio, algunos prescindan de su interés histórico; si tal circunstancia no constituye fuente de ingresos dinerarios. Todas aquellas circunstancias que sólo conmueven a un individuo, sin inducir a los demás individuos a incurrir en sacrificios económicos para conseguirlas, quedan excluidas del ámbito del cálculo económico.

Las cosas que caen fuera del cálculo económico o son fines; o son bienes de consumo. Es innecesario el cálculo económico para apreciar *su* valor e interés. Le basta al hombre; comparar *dichos* bienes con los costos que requiera su consecución para decidir si le interesan o no. Un distrito se ve en el caso de optar entre dos proyectos para traer agua potable; supongamos que el primer proyecto exige derribar cierto edificio histórico, mientras que el segundo proyecto, de mayor costo, permite evitar dicha destrucción. Aun cuando no es posible valorar en cifras monetarias aquellos sentimientos a favor de la conservación del edificio histórico, las autoridades municipales sabrán fácilmente resolver el dilema. Tales valores que no pueden ser objeto de ponderación dineraria, por esa misma circunstancia, asumen una peculiar presentación que incluso facilita las decisiones a tomar.

El haberse estructurado un método que le permite al hombre ordenar sus actuaciones y conseguir los fines mayormente deseados por él, suprimiendo el malestar de la humanidad del modo mejor y más económico; a nadie impide personalmente acomodar sus actos a aquellos ideales que más le atraigan. Ese «materialismo de administradores y bolseros» no prohíbe, a quien desee vivir a lo Santo Tomás o sacrificarse por las causas que considere más elevadas. El que la gente prefiera las novelas policiales en vez de poesías -lo cual hace que esas novelas sean económicamente más rentables que las poesías- nada tiene que ver ni con el dinero ni con la contabilidad monetaria. No es porque exista el dinero; por lo que existe delincuentes y funcionarios corruptos. La honradez «paga» a quien subjetivamente valora en más el atenerse a ciertos principios que las ventajas que tal vez pudiera obtener de no seguir esos principios.

El cálculo económico es un método que únicamente pueden emplear *quienes* viven bajo un sistema económico basado en la división del trabajo y la propiedad privada de los factores de producción. Este sistema permite calcular el beneficio del individuo. Para el cálculo económico, los precios del mercado son hechos dados irreductibles. El cálculo económico sirve cuando los planes contemplados coinciden con la demanda libremente expresada por los consumidores. El cálculo económico practicado con arreglo a precios monetarios es útil sistema sólo cuando hay empresarios produciendo para la mejor satisfacción de los deseos de los consumidores.

Quien desee servirse del cálculo económico; debe saber controlarse para nunca contemplar la realidad con ánimo de dictador. Por eso pueden utilizar los precios para el cálculo económico: empresarios, inversionistas, propietarios y trabajadores cuando operan bajo el sistema de mercado. Las normas legales pueden fijar cuánto (a título de indemnización) ha de pagar quien causó una muerte, pero ello no significa que ese sea el precio de la vida humana. En una sociedad de hombres libres, la vida y la salud son fines. Tales bienes, cuando se trata de calcular los medios, no pueden entrar en el cómputo.

Cabe reflejar en cifras monetarias los ingresos o la fortuna de un cierto número de personas. *En cambio, carece de sentido pretender calcular la renta nacional o la riqueza de un país.* En cuanto nuestro razonamiento se aparta de las categorías mentales que maneja el individuo; hemos de renunciar al cálculo monetario. El pretender *cifrar*, en forma monetaria, la riqueza de un país es inútil. Cuando el cálculo de mercado valora un saco de papas en cien soles, ello significa que, por dicha suma, es posible comprarlas o venderlas. Si *justipreciamos* una empresa en un millón de soles, es porque suponemos que libremente cabría hallar comprador, para esa empresa, por ese precio. Pero ¿qué significado tendría las diferentes rúbricas de un imaginario balance que comprendiera a todo un país? ¿Qué realidades deberían ser incluidas y cuáles omitidas en dicho balance? ¿Procedería valorar el clima del país o las habilidades y conocimientos de los habitantes del país? El empresario puede transformar sus propiedades en dinero, pero no el país.

Las equivalencias monetarias que manejan la acción humana y el cálculo económico son precios monetarios (son relaciones de intercambio entre dinero y bienes). Los precios consisten en una cierta cantidad de dinero. Los precios son: precios que ayer se registraron o precios que se supone aparecerán mañana. El precio es un hecho pasado o futuro.

3. La fluctuación de precios

Los precios fluctúan continuamente, ya que las *circunstancias* que engendran esas fluctuaciones están en continua fluctuación. El valor que el individuo atribuye al dinero y bienes es fruto de momentánea elección. Cada futuro instante puede originar nuevas circunstancias y provocar distintas valoraciones. Sorprende el que los precios no fluctuaran en mayor grado.

La experiencia cotidiana ilustra acerca de la fluctuación de los precios del mercado y; sin embargo, la gente, cuando se enfrenta con los precios, pretende olvidar tal realidad. Al razonar en torno a la producción y el consumo, las operaciones de mercado y los precios; la gente contradictoriamente supone la rigidez de precios. Opina que lo normal y procedente es mantener aquellos precios registrados ayer; y condena toda fluctuación en los tipos de intercambio.

La integración de los mercados *locales en otros* mercados del ámbito *nacional*, la extensión al área mundial de las transacciones mercantiles y el haberse montado el comercio para proporcionar un continuo suministro de bienes de consumo; ha minimizado la frecuencia e importancia de las fluctuaciones de precios. Todo el mundo se enfrenta, diariamente, con un sinnúmero de problemas que suscitan las continuas compraventas.

Es fácil comprender por qué; quienes ven sus inmediatos intereses perjudicados por cualquier variación de precios, formulan airadas quejas, afirmando que el precio *anterior* era más justo y normal, asegurando que la estabilidad de precios concuerda con las supremas leyes de la naturaleza y la moral. Toda variación de precios, al mismo tiempo que perjudica a unos, favorece a otros.¹⁵

¹⁵ No opinarán estos favorecidos lo mismo que aquéllos perjudicados acerca de la supuesta condición

4. La falacia de la estabilización de precios

Los daños causados por la intervención estatal en los asuntos monetarios; y los nefastos efectos causados por *aquellas actuaciones* que pretenden: reducir el interés e incrementar la actividad del mercado *mediante* la expansión crediticia inorgánica; hicieron a la gente desear la «estabilización». Cabe comprender la aparición de esta errónea idea y el atractivo que encierra para la gente; sí consideramos las series de arbitrariedades padecidos por la moneda y el crédito.

Esa estabilidad, a la que aspiran los programas económicos, es un concepto inútil y contradictorio. El deseo de actuar (el afán por mejorar nuestras condiciones de vida) es consustancial con la naturaleza humana. El individuo continuamente cambia; cambiando al mismo tiempo sus valoraciones, deseos y actuaciones. En el mundo de la acción humana: nada es permanente, solo el cambio es permanente. En ese continuo fluctuar, *sólo las categorías del razonamiento puro* de la acción humana permanecen incommovibles. Es inútil pretender arrebatarse (de aquella inestabilidad típica del hombre y de su conducta) el preferir y el actuar; como si en el universo existieran valores eternos, independiente de los juicios de valor humano con respecto a los cuales cabría enjuiciar la efectiva actuación de la gente.

Las fórmulas propuestas para medir el poder adquisitivo del dinero; descansan en el supuesto de imaginar que existe alguien en el mercado de condición *permanente*; que puede determinar (sirviéndose de cierto patrón fijo) la cantidad de satisfacción proporcionada por cierta suma dineraria. Débil apoyo recibe tan inadmisibles ideas cuando se argumenta que lo que se pretende es ponderar la variación del poder adquisitivo del dinero; pues, en ese concepto de la determinación del poder adquisitivo se basa la idea de la estabilización. El inexperto en un comienzo suponía que el dinero servía para medir los precios. Creía que las fluctuaciones en los tipos de intercambio se registraba sólo en la diferente valoración de los bienes entre sí; permaneciendo fijo el tipo de intercambio entre el dinero y la «totalidad» de los bienes. Después, la gente volvió la idea del revés. Se negó la *constancia* del valor del dinero, afirmándose en cambio la *inmutabilidad* valorativa de la «totalidad» de los bienes que podían ser objeto de compraventa. Se ingeniaron diferentes conjuntos de productos, los cuales se contrastaban con la unidad monetaria. Había tal deseo de encontrar índices (a

equitativa y natural de la invariabilidad de precios. La popularidad de la idea de la estabilidad de precios sólo viene a ser comprensible al advertir que se ha pretendido abordar las relaciones sociales con arreglo al sistema de las ciencias naturales. Los economistas que pretenden estructurar las Ciencias Económicas como si se tratara de las Ciencias Físicas inciden en los mismos erróneos cauces mentales que engendraron aquellas mencionadas equivocaciones tan populares y extendidas.

Incluso a esos economistas les faltó imaginación para vencer esas falacias. Los economistas clásicos creían que el valor era un hecho objetivo; en su opinión constituía un fenómeno más del mundo externo, una condición inherente a las cosas, que, por tanto, podía ser ponderado y medido. No fueron *capaces de advertir el carácter puramente humano y personal de los juicios de valor*.

A la Economía le interesa refutar aquellas erróneas ideas según las cuales cabe alguna forma de medición en el mundo de la acción humana. Las desgraciadas medidas estabilizadoras que prevalecen fueron engendradas por aquel supuesto según el cual existe, en las relaciones interhumanas, fija correlación que puede ser cifrada y medida.

cuyo amparo cabría medir el poder adquisitivo) que toda oposición fue derrotada. No se quiso considerar la poca precisión de las manipuladas estadísticas de precios, ni en la imposibilidad -por su heterogeneidad- de comparar muchos de estos precios entre sí, ni en el carácter arbitrario de los sistemas seguidos para la determinación de cifras promedias.

Los partidarios de la estabilización *contrastan* el nuevo sol con aquella canasta donde el ama de casa reúne los productos que compra en el mercado. El poder adquisitivo del nuevo sol *variaría* en proporción inversa a la suma dineraria necesaria para comprar el contenido de la canasta familiar. De acuerdo con estas ideas, la política de estabilización aspira a que no varíe ese excesivo gasto monetario. Sería admisible tal planteamiento sólo si el ama de casa y su imaginaria canasta fuesen constantes: si la canasta hubiera de contener siempre los mismos productos e idéntica cantidad de cada uno de ellos; y si fuera *inmutable* la utilidad que ese conjunto de bienes tuviera para la familia. En la vida real, ninguna de esas condiciones se cumple.

Las calidades de los bienes producidos y consumidos varían continuamente. Las grandes diferencias de precios que (en cierto momento) registran entre sí, las *distintas* variedades de un mismo producto; evidencian la certeza de lo consignado. Se dice que un sazonador es idéntico a otro sazonador; y, sin embargo, tanto compradores como vendedores distinguen múltiples calidades y especies de sazonadores. Es útil comparar los precios pagados en distintas plazas o en fechas diferentes por productos que se agrupan (desde el punto de vista de la estadística) bajo una misma denominación; si consta *limitadamente* que la calidad *de esos productos es idéntica* -con la única excepción de su diferente ubicación-. Por calidad entendemos todas aquéllas propiedades del bien que los efectivos o potenciales compradores toman en consideración al actuar. El solo hecho de que hay diversas calidades de todos los bienes de consumo; echa por tierra uno de los fundamentales supuestos del método estadístico basado en los números índices. No *empaña* la verdad de lo expuesto el que un limitado número de bienes de capital -metales y productos químicos que cabe describir mediante fórmulas- puede ser objeto de necesaria especificación en lo que se refiere a sus cualidades típicas. Porque toda medición del poder adquisitivo necesariamente habrá de tomar en cuenta los precios de todos los bienes de consumo. Pretender evitar el obstáculo acudiendo a los precios de los factores de producción resulta igualmente estéril, ya que, por fuerza, se falsearía el cálculo al computar varias veces las diversas fases de producción de un mismo bien de consumo. Limitar el estudio a un cierto grupo de predeterminados bienes resulta arbitrario y vicioso.

Pero, aún dejando de lado todos estos insalvables obstáculos; es inalcanzable el objetivo ambicionado. Porque no es que únicamente cambie la calidad técnica de los diversos bienes, ni que continuamente aparezcan nuevos bienes, al mismo tiempo que otros bienes dejan de producirse; *lo importante es que también varían las valoraciones personales, lo cual provoca cambios en la demanda y producción*. Los supuestos en que se ampara esa doctrina de la medición; sólo se darían en un mundo poblado por hombres cuyas necesidades y estimaciones fueran inmutables. Únicamente si la gente valorara los bienes siempre del mismo modo, sería admisible suponer que las oscilaciones de los precios reflejan efectivos cambios en el poder adquisitivo del dinero

Ya que no es posible conocer la cantidad total de dinero invertido en bienes de

consumo, durante cierto período de tiempo; los cálculos estadísticos han de apoyarse en los precios pagados por los distintos bienes. Esta realidad suscita otros dos problemas imposibles de solucionar. En primer lugar, es necesario asignar a cada bien distinto coeficiente de importancia; porque sería inadmisibles operar con precios de bienes diversos sin ponderar su respectiva importancia en la economía familiar. Sin embargo, tal ordenación siempre será arbitraria. En segundo lugar, es necesario promediar los datos una vez recogidos y clasificados. Pero hay muchas formas de promediar; existe la media aritmética y geométrica, y la mediana. Cada uno de estos sistemas brinda diferentes soluciones. No existe razón para preferir uno, considerándolo como el único procedente. La elección que fuere es siempre arbitraria.

Si las circunstancias humanas fueran inmutables; si la gente no hiciera más que repetir iguales actuaciones (por ser su malestar siempre el mismo e idénticas las formas de remediarlo) o si fuera posible admitir que todo cambio acontecido en ciertos individuos o grupos (en lo que atañe a las anteriores cuestiones) viniera a ser compensado por contrapuesto cambio en otros individuos o grupos, de tal suerte que la total demanda y oferta no resultara afectada; *ello supondría que nuestro mundo gozaba de plena estabilidad*. En tal supuesto, no cabe pensar en posible variación del poder adquisitivo del dinero. Los cambios en el poder adquisitivo del dinero afectan, en *diferente* grado y momento, a los precios de todos los bienes; siendo ello así, dichos cambios han de provocar cambios en la oferta y demanda, en la producción y el consumo. Por tanto, es inadmisibles aquella idea, implícita al hablar del nivel de precios, según la cual –manteniendo constante las restantes circunstancias- estos precios pueden subir o bajar de manera uniforme. Porque dadas las demás circunstancias, si varía el poder adquisitivo del dinero, los precios jamás permanecen constantes.

En el campo económico carece de sentido la idea de la medición. En el mundo cambiante, no hay ningún punto fijo, ninguna dimensión o relación; en que pueda basarse la medición. El poder adquisitivo del dinero nunca varía de modo uniforme con respecto a todos aquellos bienes que pueden ser objeto de compraventa. Las ideas de estabilidad y estabilización carecen de sentido si no es relacionándolas con una situación estática, Pero ni siquiera mentalmente es posible llegar a contemplar las últimas consecuencias lógicas de tal inmovilismo, que, menos aún, puede ser llevado a la práctica. Donde hay acción hay cambio. La acción humana es permanente causa de cambio.

Es inútil el redundante aparato con que el Inei pretende calcular los índices *expresivos* del poder adquisitivo de dinero y la variación del costo de vida. Estos números índices son torpe e impreciso reflejo de cambios que ya sucedieron. Cuando hay inflación, cuando registran profundos cambios los precios; esos índices nos proporcionan una tosca caricatura de realidades bien conocidas y constatadas a diario por todo el mundo. Cualquiera ama de casa sabe más de las variaciones experimentadas por aquellos precios que le afectan; que cuantos promedios estadísticos cabe arbitrar. De poco le sirven a la ama de casa unos cálculos que nada le dicen ni de la calidad ni de la cantidad del bien que es posible comprar, al precio de la estadística. Cuando el ama de casa, para su personal información, procede a «medir» los cambios del mercado, fijándose sólo del precio de dos o tres bienes, no está siendo ni menos «científica» ni más arbitraria que los estadísticos (que

entre *varios sistemas*, se acogen a *un sistema* para computar las realidades del mercado)¹⁶.

La acción humana provoca cambios. En cuanto aparece la acción humana, la estabilidad quiebra, produciéndose cambios continuos. La historia es una secuencia de variaciones¹⁷. Es inherente a la naturaleza humana: pretender mejorar las propias condiciones de vida; concebir nuevas ideas y ordenar la acción a tenor de las nuevas ideas.

Los precios de mercado son hechos históricos, resultado de una constelación de circunstancias registradas, en cierto momento, del irreversible proceso histórico. En el campo económico, el concepto de medición no tiene sentido¹⁸. En el mundo real de incesante cambio no hay puntos, objetos, cualidades o relaciones fijas que permitan medir las variaciones acontecidas.

5. La base de la idea de la estabilización de precios

El funcionamiento del cálculo económico sólo necesita de un sistema monetario inmune a la ingerencia estatal¹⁹. Cuando el BCR incrementa la cantidad de dinero para: ampliar la capacidad adquisitiva del gobierno o bajar temporalmente el interés; desarticulan todas las relaciones monetarias y perturban el cálculo económico. El primer objetivo que persigue una sana política monetaria es impedir al gobernante: hacer inflación; e inducir la expansión crediticia de la banca privada²⁰.

La buena marcha del cálculo económico sólo exige evitar que se produzcan graves y bruscas variaciones en la cantidad de dinero *manejada* por el mercado. Un patrón moneda sana *cumple* satisfactoriamente las condiciones necesarias para la correcta operación del cálculo económico. *Modifica* mínimamente la relación entre oferta y demanda de dinero; y consiguientemente es tan lenta la modificación de su poder adquisitivo; que los empresarios podían despreciar en sus cálculos tales modificaciones sin temor a equivocarse. En el terreno del cálculo económico no es posible una precisión absoluta, aun excluyendo aquellos errores emanados de no tomar debidamente en consideración los cambios de las circunstancias monetarias. El empresario se ve obligado a manejar en sus planes datos

¹⁶ Nadie se deja engañar por los números índices. Nadie se atiene a la ficción de suponer que implican auténticas mediciones. Cuando se trata de cantidades que efectivamente pueden ser objeto de medida, no hay dudas ni desacuerdos en torno a las cifras resultantes. Realizadas las oportunas operaciones, tales asuntos quedan definitivamente zanjados. Nadie discute los datos referentes a la temperatura, la humedad, la presión atmosférica y demás cálculos meteorológicos. Sólo damos por bueno un número índice; cuando suponemos que el número índice que la gente crea en *su certeza*; beneficia nuestros intereses. Mediante números índices no es posible resolver ningún dilema; tales datos estadísticos sólo sirven para hacer irreconciliables los respectivos intereses.

¹⁷ El hombre no puede detener el curso de la historia creando un mundo totalmente estable, donde la propia historia resultaría inadmisibile.

¹⁸ Pero en una imaginaria -e irrealizable- situación plenamente rígida y estable no hay cambio que pueda ser objeto de medida.

¹⁹ El cálculo económico no exige la estabilidad monetaria; al cálculo económico no le perturba el que no sea ni imaginable ni posible dotar al dinero de rígido e invariable poder adquisitivo.

²⁰ Tales medidas de auténtico saneamiento monetario no guardan relación con aquellos planes confusos y contradictorios, orientados a estabilizar y congelar el poder adquisitivo del dinero.

referentes al futuro incierto; razona en torno a precios y costos futuros. La contabilidad y los libros diarios, cuando pretenden reflejar los resultados de pasadas actuaciones, tropiezan con los mismos problemas, al valorar instalaciones, existencias y créditos contra terceros. Pese a tales inexactitudes, el cálculo económico alcanza su objetivo, ya que aquella incertidumbre es fruto de la secuela obligada del actuar, que ha de abordar siempre un futuro desconocido.

La idea de estabilizar el poder adquisitivo del dinero la engendró el anhelo de crear: *una esfera inmune* al incesante fluir de las cosas humanas; un mundo *ajeno* al continuo devenir histórico. Las rentas destinadas a atender perpetuamente las necesidades de fundaciones religiosas o instituciones de caridad; se reflejaron en esos terrenos. Más tarde establecieron anualidades monetarias. Tanto donantes como beneficiarios suponían que las rentas representadas por una cierta cantidad de dinero *no pueden ser afectadas* por los cambios económicos. Sin embargo, tales esperanzas resultaron fallidas. Las sucesivas generaciones pudieron comprobar cómo fracasaban los planes más cuidadosamente trazados por los difuntos empresarios. Golpeadas por dicha experiencia, la gente comenzó a razonar en torno a si habría alguna fórmula que permitiera alcanzar tan deseados objetivos. Por eso, los economistas se lanzaron a especular en torno a las variaciones del poder adquisitivo del dinero, pretendiendo hallar fórmulas que permitieran eliminar esas variaciones.

El asunto cobró particular importancia cuando los gobiernos comenzaron a emitir bonos de mediano y largo plazo, cuyo principal casi nunca habría de ser reembolsado. El Estado, esa eterna institución inmune a toda debilidad terrenal, brindaba oportunidad al ciudadano para que pusiera su riqueza a salvo de cualquier emergencia, ofreciéndole ingresos seguros y estables. Así, se ingeniaban sistemas que evitaban al individuo el tener, a diario, que arriesgar y reconquistar, en el mercado; rentas y riquezas. Quien invirtiera sus fondos en bonos emitido por el gobierno quedaría para siempre liberado de las insoslayables leyes del mercado y del yugo de la soberanía de los consumidores. Ya no habría de preocuparse por invertir su dinero en aquellos cometidos que sirvieran mejor los deseos y las necesidades de la gente. El poseedor de bonos del Estado se hallaba plenamente asegurado; ya cubierto de los peligros de la competencia del mercado (sancionadora de la ineficacia con graves pérdidas patrimoniales) la imperecedera institución estatal había acogido en su regazo, permitiéndole disfrutar tranquilamente de cuanto antes acumulara. Las rentas de tales favorecidos no dependían ya de haber sabido atender, del mejor modo posible, las necesidades de los consumidores; por el contrario, estaban plenamente garantizadas mediante impuestos recaudados gracias al Estado. Se trataba de gente que, en adelante, no tenían ya por qué servir a sus conciudadanos, sometiéndose a su soberanía; eran más bien socio del Estado, que gobernaba y exigía tributo a la gente-. El interés pagado por el gobierno era inferior al interés que pagaba el mercado; sin embargo, tal perjuicio resultaba ampliamente compensado por la indiscutible solvencia del deudor, cuyos ingresos no dependían de haber sabido servir dócilmente al consumidor; provenían de coactivos cobros fiscales.

Pese a los desagradables recuerdos que habían dejado los *primeros* préstamos al gobierno, la gente depositó amplia confianza en el gobierno. El gobierno daría fiel cumplimiento a las obligaciones que contrajera voluntariamente. Ahorristas-capitalistas y

empresarios advertían que en una economía de mercado la forma de conservar la riqueza acumulada era reconquistándola a diario en dura competencia con todos, con las empresas ya existentes y con aquellas empresas recién llegadas “que surgen de la nada”. El empresario viejo y cansado, que no quería seguir arriesgando (en cometidos ingeniosos para servir mejor al consumidor) las riquezas que un día ganara a pulso; y los herederos de ajenas fortunas, indolentes y plenamente conscientes de su incapacidad *preferían invertir sus fondos en Bonos del Estado, buscando protección contra la implacable ley del mercado.*

Sin embargo, la deuda pública perpetua e irredimible, supone plena estabilidad del poder adquisitivo del dinero. Podrá ser eterno el Estado y su poderío, pero el interés pagado sólo gozará de esa misma condición si es computado con arreglo a un patrón monetario de valor fijo. El inversionista que por tales caminos (buscando la seguridad) rehuye el mercado y la actuación empresarial; quien teme *suscribir* acciones y prefiere los bonos del Estado *vuelve a encontrarse enfrentado con la misma realidad que tanto lo amedrentaba: con el problema del permanente cambio de todas las cosas humanas.* Una vez más, constata que en el mercado la riqueza sólo puede conquistarse a través de la propia mecánica del mercado; de suerte que es inútil ilusión, en tal entorno, pretender hallar inmarchitable fuente de riqueza.

En la economía de mercado sólo cabe adquirir y conservar la riqueza sirviendo acertadamente a los consumidores²¹. El gobierno puede imponer cargas tributarias a sus conciudadanos y tomar a préstamo el dinero de los conciudadanos. Ni el más despiadado gobernante logra, a la larga, violentar las leyes que rigen la vida y la acción humana. Si el gobierno dedica las sumas tomadas a préstamo; a aquellas inversiones a través de las cuales quedan mejor atendidas las necesidades de los consumidores; y en libre y abierta competencia con los empresarios, triunfa en tales cometidos, se hallará en la misma posición que cualquier empresario, es decir, podrá pagar rentas e intereses porque habrá cosechado una diferencia entre costos y rendimientos. Por el contrario, si el gobierno invierte desafortunadamente dichos fondos, de tal suerte que no se produce el mencionado superávit, el capital correspondiente disminuirá e incluso desaparecerá, cegándose aquella única fuente que había de producir las cantidades necesarias para el pago del principal e intereses. En tal supuesto sólo cabe que el gobierno recurra al cobro fiscal, si es que desea dar fiel cumplimiento a lo que libremente pactara con quienes le prestaron su dinero. Mediante tales cargas tributarias penaliza a la gente por las sumas de dinero que el gobierno ayer dilapidó. El gobierno, como contrapartida de tal imposición, no presta ningún servicio a los ciudadanos. El gobierno paga intereses por un capital que se ha consumido, que ya no existe. Sobre el tesoro público recae la pesada carga de torpes actuaciones anteriores.

Cabe justificar los préstamos al gobierno si son a corto plazo. En cambio, resultan inconsistentes los argumentos esgrimidos en favor de los préstamos de guerra. Cuanto exija el suministro del ejército, forzosamente habrá de ser obtenido restringiendo el consumo civil, trabajando más e incluso, consumiendo una parte del capital existente. La carga bélica recae íntegramente sobre la generación en lucha. A las subsiguientes generaciones les

²¹ En el mundo no existe nada de cuanto suele denominarse estabilidad y seguridad; circunstancias estas que el esfuerzo humano nunca logrará imponer en el mundo.

afecta el conflicto tan sólo por cuanto heredaron menos de lo que, en otro caso, les hubiera correspondido. El financiar la guerra mediante la emisión de bonos públicos jamás supone transferir parte de la carga a los hijos o a los nietos de los combatientes. Tal fórmula financiera constituye sistema que permite repartir la carga del conflicto entre los ciudadanos. Porque si el gasto bélico hubiera de ser atendido sólo con impuestos, contribuirían al gasto bélico únicamente quienes dispusieran de fondos líquidos. Los demás no harían las adecuadas aportaciones. Sirviéndose de los préstamos a corto plazo cabe minimizar dicha desigualdad, ya que hacen posible un oportuno repartimiento entre los propietarios de capital fijo.

El préstamo al gobierno a largo plazo supone anómala institución en el marco de la economía de mercado, el cual perturba el funcionamiento de la economía de mercado. Tal fórmula financiera fue ingenjada en inútil intento por olvidar la natural limitación de la acción humana y crear una zona de eterna seguridad, que no sería afectada por la típica transitoriedad e inestabilidad de las cosas terrenas. Presuntuosa y engreída es la idea de: convenir préstamos perpetuos, concertar contratos eternos y estipular cláusulas que el futuro más lejano haya de respetar. Poco interesa que los préstamos públicos sean o no emitidos *formalmente con carácter perpetuo*; implícitamente y en la práctica, de tal condición se les considera. En cierta época hubo gobiernos que efectivamente redimieron parte de la deuda pública mediante honrado reembolso de su principal. Sin embargo, lo cotidiano, siempre fue el ir acumulando nuevos débitos, sobre los antiguos débitos. La historia financiera refleja un continuo y general incremento de la deuda pública. Ya nadie supone que los gobiernos eternamente soportarán la pesada carga de los correspondientes intereses. Tarde o temprano, todas esas deudas, de una u otra forma, quedarán impagas²².

²² No se puede considerar imperfección del cálculo económico el que sea inutilizable cuando se trata de abordar fantásticos planes orientados a implantar impracticable régimen de absoluta quietud y eterna seguridad, inmune a las inevitables limitaciones de la acción humana. En el mundo ningún valor es eterno, absoluto y no cambiante. Por eso, es inútil pretender hallar específicas medidas para tales valores. No se debe considerar imperfecto el cálculo económico por cuanto no concuerda con las arbitrarias ideas de quienes quisieran hallar perennes fuentes de renta, independientes de los procesos productivos humanos. Los desleales economistas se afanan por arbitrar justificaciones morales a tal actuar, pensando en la próxima abierta renuncia de esos débitos.

XIII. EL CÁLCULO MONETARIO AL SERVICIO DE LA ACCION EMPRESARIAL

1. El cálculo monetario, instrumento del pensar

El cálculo monetario es el norte de referencia al cual se orienta la acción humana dentro de un sistema económico montado bajo el signo de la división del trabajo. Es la brújula que guía al hombre cuando este se lanza a producir. Mediante el cálculo monetario, la gente consigue distinguir (entre las múltiples producciones posibles); las producciones remuneradoras de las producciones no remuneradoras; las producciones que serán apreciadas por el consumidor soberano, de las producciones que el consumidor soberano rechace. Cada etapa y cada paso de la actuación productiva se pondera a la luz del cálculo monetario. Sólo cuando la acción *ha sido precedida* por el correspondiente cómputo de costos y beneficios; cabe decir que la misión fue planificada. Y el establecimiento, a posteriori, del resultado que provocaran anteriores acciones; exige la contabilización de pérdidas y ganancias.

La posibilidad del *cálculo económico en términos monetarios* viene condicionada por la existencia de determinadas instituciones sociales. Sólo es practicable: en el marco institucional de la división del trabajo y la propiedad privada de los factores de producción; es decir, dentro de un sistema económico bajo el cual los bienes se compran y venden por dinero.

El cálculo monetario es un método de ponderar del que se pueden servir sólo quienes se mueven bajo el dominio de una sociedad basada en la propiedad privada de los factores de producción. Es un instrumento destinado a la gente que actúa; es un sistema de computación que permite conocer: la riqueza y rentas de los individuos; los beneficios o pérdidas de quienes operan por cuenta propia en una economía de libre empresa. El resultado del cálculo económico se refiere a actuaciones individuales. Cuando en una estadística se resume el conjunto de tales resultados, la cifra reflejada nos habla de la suma de una serie de acciones autónomas practicadas por una pluralidad de individuos independientes; de un conjunto, de una totalidad. El cálculo económico quiere ponderar beneficios individualizados.

El cálculo monetario es un instrumento para planear y actuar en una economía de libre empresa, gobernada e impulsada por el mercado y precios. En tal marco se engendró y fue depurado; a medida que se perfeccionaba la mecánica del mercado y se ampliaba el número de bienes que, en el mercado cabía contratar a cambio de dinero. Medir, cifrar y computar deben la posición que ocupan, en este mundo cuantitativo y estimativo, a la posibilidad del cálculo económico. Sólo al amparo del cálculo económico cobran interés práctico los datos mensurables con que nos ilustran la física o la química. Gracias al cálculo monetario la aritmética llegó a ser un arma efectiva al servicio del hombre en su lucha por conquistar más elevados niveles de vida. Únicamente recurriendo al cálculo monetario, el hombre puede ponderar la trascendencia social de los experimentos de laboratorio y, consecuentemente, servirse de tales enseñanzas para combatir mejor tanto dolor que desespera a la humanidad.

El cálculo monetario alcanza su máxima perfección en la contabilidad de capitales; se indica al empresario cuál es el importe monetario de los factores de producción que dispone, permitiéndose confrontar dicha cifra con los resultados que pueden haber provocado la acción humana y otros factores. Tal confrontación informa los cambios que hayan registrado los negocios y la magnitud de tales cambios; entonces viene a ser posible apreciar los éxitos y fracasos, las pérdidas y las ganancias. Se refiere al más típico rasgo del sistema económico de libre empresa, a su primordial excelencia, al papel preponderante que desempeña el concepto de capital en su mecánica²³.

La civilización se halla ligada al cálculo económico. La contabilidad por partida doble es «uno de los descubrimientos mas grandes y más sutiles de la mente humana»

2. El cálculo económico y la Economía

La aparición del cálculo económico es inevitable supuesto para que pueda ser estructurada de manera sistemática y lógica la Economía. La Economía aparece en determinada etapa de la historia de la humanidad; y del progreso de la investigación científica. La Economía no podía tomar cuerpo; mientras el hombre no elaborara unos métodos de pensar que permitieran resumir y calcular el resultado de sus propias acciones. La Economía es una disciplina que comenzó ocupándose tan solo de aquello que cabía contemplar a la luz del cálculo monetario. La Economía se interesaba tan solo por lo que, en sentido restrictivo, correspondía a la Economía que abordaba tan solo las acciones que, en la sociedad de mercado, se practican con la intervención del dinero. Los primeros pasos de la Economía consistieron en inconexas investigaciones acerca del dinero, el crédito y el precio de determinados bienes. Los economistas comenzaron a darse cuenta de la regularidad de los fenómenos que se producen en el mundo de la acción; a través de la ley de Gresham (que explica el intervencionismo monetario) y la ley de Gregory King (que explica la teoría cuantitativa del dinero). La primera sistemática general de la teoría económica, que estructuraron los economistas clásicos, se limitaba a analizar aquel aspecto de la acción humana que cabe contemplar a la luz del cálculo monetario. Así, aparecía implícitamente trazada la frontera entre lo que debía considerarse económico y lo extraeconómico, quedando separadas las acciones que podían ser computadas en términos monetarios de aquellas otras acciones que no admitían tal tratamiento. Sin embargo, partiendo de esa base, los economistas, poco a poco, fueron ampliando su campo de estudio, hasta llegar, finalmente a una sistemática capaz de analizar todas las elecciones y preferencias; a la Economía.

²³ La facultad razonadora de la mente, que cifra y computa, no impide rendir culto a la estética y a la virtud; a la sabiduría y a la verdad.

XIV. CAMPO Y METODOLOGIA DE LA TEORÍA DEL MERCADO

1. La delimitación del campo de la teoría del mercado

Es materia de estudio de la Economía; investigar los fenómenos del mercado (investigar la naturaleza de los *tipos de intercambio* que se registran entre bienes; la relación de dependencia de los tipos de intercambio con la acción humana; y la trascendencia que encierra con respecto a las acciones humanas futuras). Las dificultades con que se tropieza al precisar el campo de la Economía; surgen porque el análisis obliga al economista a salirse del campo del mercado y las transacciones de mercado. Porque para comprender el mercado, es necesario contemplar: el imaginario comportamiento de un individuo aislado; y la mecánica de una economía socialista. Para investigar el cambio *interpersonal*, es necesario examinar el cambio *intrapersonal*, y, entonces, es muy difícil trazar la frontera entre qué acciones deban ser incluidas dentro del campo de la teoría del mercado (el campo de la Economía *en sentido estricto*); y qué acciones deban ser excluidas. Por eso es difícil precisar las fronteras de la teoría del mercado que sólo se ocupa de las cuestiones económicas.

Toda acción humana viene impuesta por el deseo de eliminar determinado malestar. El objeto de la Economía es analizar los precios de los *bienes* tal y como se demandan y pagan en el mercado. El hombre busca los bienes por los servicios que les pueda proporcionar. Quiere incrementar su bienestar mediante la utilidad que considera que pueden reportarle los bienes. Se incluyen las acciones humanas que directamente (sin la mediación de ningún bien tangible) permite eliminar determinados malestares. Una receta médica, la enseñanza de un profesor y muchos otros servicios personales caen dentro de la órbita de los estudios económicos; al igual que los planos del arquitecto para construir la casa, la fórmula científica para obtener el deseado producto químico.

A la teoría del mercado le interesa todos los fenómenos del mercado: su origen, su desarrollo, y las consecuencias provocadas por esos fenómenos. La gente, en el mercado busca alimento, techo, satisfacción y muchos otros *deleites inmateriales*. La gente se interesa, al mismo tiempo, por cosas “materiales” e “inmateriales”. Opta entre diversas alternativas, sin preocuparse de si el objeto de su preferencia pueda ser considerado, por otros, como cosa “material” o “inmaterial”. En la escala de valores todo se mezcla. Aún admitiendo que fuera posible trazar una frontera entre unos y otros deseos; la acción unas veces aspira a alcanzar, al mismo tiempo, objetivos materiales e inmateriales y, otras veces, opta por bienes de un tipo u otro.

No hay alimento que el hombre valore tan sólo por su poder nutritivo, ni casa o vestido que valore tan sólo por la protección que pueda proporcionarle contra el frío o la lluvia. En la demanda de los bienes, influyen consideraciones religiosas y éticas, juicios de valor estético, costumbres, hábitos, prejuicios, tradiciones, modas y otras circunstancias.

Los estudios económicos analizan los precios de los bienes que se intercambian en el mercado. La investigación abordará: los fenómenos puros de mercado; la conducta de un

individuo aislado; la mecánica de una economía socialista; las acciones humanas de carácter económico; y de carácter “no económico”.

El campo de la teoría del mercado es aquel que atañe al análisis de los fenómenos del mercado. La teoría del mercado se ocupa de aquellas acciones practicadas sobre la base del cálculo monetario. El intercambio de mercado y el cálculo monetario se hallan ligados entre sí. Un mercado con intercambio directo es sólo un modelo. La aparición del dinero y del cálculo monetario viene condicionada por la preexistencia del mercado.

La Economía analiza la mecánica de la economía socialista. Pero, el análisis de esa mecánica, supone previa estructuración de la teoría del mercado, es decir, de un sistema lógico basado en precios y cálculo económico.

La Economía afirma que *su* misión es enfrentarse con aquellos problemas que se le presenta al hombre; porque mantener la vida humana le exige disponer de múltiples factores materiales. El cometido esencial de *la razón* está en abordar los problemas que plantea la naturaleza; la capacidad intelectual permite a los hombres luchar contra la escasez. El hombre capaz de pensar y actuar sólo aparece en un mundo donde existe escasez, en el que todo tipo de bienestar se conquista mediante el trabajo, aplicando la conducta económica.

2. El método de la investigación económica basado en Modelos²⁴

El sistema de investigación de la Economía se basa en Modelos.

Tal procedimiento ha sido elaborado y perfeccionado en el marco de los estudios económicos. El economista que opine sobre problemas económicos debe utilizar tal procedimiento. Recurrir a modelos constituye prerrogativa del economista dedicado a la investigación. A tal método se acoge cuando trata de abordar problemas económicos. El economista procura que las construcciones imaginarias sean formulados con el máximo cuidado, atención y justeza; analizando críticamente todos los supuestos y circunstancias de los modelos.

El Modelo es una imagen conceptual de una serie de hechos *resultantes*; como lógica consecuencia de previas acciones contempladas al formular el modelo. Por tanto, es fruto de la *deducción*, derivado de la categoría: *preferir* y *rechazar*. El economista, al configurar su modelo, no se preocupa si refleja o no exacta y necesariamente la realidad que se propone examinar. No le interesa averiguar si el sistema imaginado podría existir y funcionar en el mundo real. Porque incluso modelos inadmisibles, íntimamente contradictorias y de imposible plasmación práctica, pueden ser útiles y hasta indispensables para comprender mejor la realidad, siempre y cuando se sepa manejarlas con cuidado.

Los Modelos que maneja la Economía nunca pueden ser contrastadas con la realidad. El rol de los modelos es auxiliar al economista cuando aborda investigaciones donde no cabe recurrir a la *ilustración sensorial*. Lo único que necesita confirmar es si los *supuestos*

²⁴ Es decir, basados en construcciones imaginarias.

del Modelo coinciden con las *circunstancias* propias de aquellas acciones que se quiere enjuiciar.

El método consiste en *excluir* la acción concreta de *algunas* de las circunstancias que concurren en el sistema. Nos cabe mentalmente: ponderar las consecuencias que provocaría la ausencia de esas circunstancias; ni advertir la trascendencia de dichas circunstancias en caso de existir. En este sentido, podemos comprender la categoría de acción, construyendo la imaginaria situación en la cual el actuar sería inconcebible: o porque la gente estuviera ya plenamente satisfechas sin sentir ningún malestar; o porque desconocieran la forma que permitiera incrementar su bienestar. Del mismo modo, comprendemos el concepto del *interés originario* formulando un modelo en que el individuo no distingue entre satisfacciones que (durarían un mismo lapso de tiempo) serían disfrutadas unas más pronto y otras más tarde con referencia al momento de la acción²⁵.

3. La economía pura de mercado

En el modelo de una economía pura de mercado; suponemos: que se practica la división del trabajo y rige la propiedad privada de factores de producción; por tanto, que existe intercambio de mercado de bienes. Se supone que ninguna fuerza institucional perturba nada. Finalmente, se supone que el gobierno estará expedito a amparar la buena marcha del sistema, absteniéndose de acciones que puedan desarticularlo; y protegiéndolo contra posibles ataques de terceros. Así, el mercado goza de plena libertad; ningún agente ajeno al mercado interfiere precios, salarios e interés. Partiendo de tales supuestos, la Economía trata de averiguar qué efectos provocaría tal sistema. Más tarde, cuando ya ha quedado expuesto (cuánto cabe inferir del análisis de ese modelo) el economista pasa a examinar las cuestiones que provoca la interferencia del gobierno en la mecánica del mercado.

El sistema de mercado, lógicamente impecable, es el único método que permite abordar los problemas que interesan a todos. Del análisis de modelos cabría derivar ilustración que permitiera comprender mejor la realidad. Al interceder por salarios mínimos; nos presentan, teóricamente, las supuestamente insatisfactorias situaciones que registraría un mercado laboral no intervenido; y al interceder por protecciones tarifarias, nos describen, también, las infelices consecuencias que habría de provocar un mercado no intervenido. Para ponderar cualquier medida orientada a limitar el libre juego de los elementos que integran un mercado no intervenido, es necesario examinar aquellas situaciones que engendraría la libertad económica.

Los objetivos que la mayoría se afana por conquistar mediante la inversión de trabajo y esfuerzo al amparo de diversas políticas se alcanzan implantando un mercado no intervenido cuya operación no se vea perturbada por la interferencia estatal.

²⁵ Los modelos es el único método que permite la investigación económica. Se trata de un método difícil de manejar por cuanto fácilmente induce al razonamiento falso. Quien pretende hacer uso del modelo se halla, caminando por resbaladiza arista, a cuyos lados se abren los abismos de lo absurdo y disparatado. Sólo despiadada autocrítica evita caer en tales abismos.

La libre operación del mercado en que el consumidor es el soberano provoca buenos resultados.

Al mismo tiempo que formulan el modelo de una economía pura de mercado, los economistas elaboraron su contrafigura lógica, el modelo de una economía socialista. En el proceso inventivo que permitió descubrir la mecánica de la economía de mercado; el modelo de una economía socialista gozó de prioridad lógica. Preocupaba al economista el problema de sí el sastre disfrutaría de pan y zapatos en el supuesto de que no hubiera mandato gubernativo que obligara al panadero y zapatero atender sus respectivos cometidos. Pronto parecería necesaria una intervención autoritaria para obligar a cada profesional a que sirviera a sus conciudadanos. Por eso, los economistas se quedaban asombrados al advertir que tales medidas coactivas no eran necesarias. Cuando contrastaban: la producción con el lucro; el interés privado con el interés público; el egoísmo con el altruismo; los economistas implícitamente estaban utilizando el modelo de una economía socialista. Su sorpresa ante la “automática” regulación del mercado surgía por cuanto se daban cuenta que mediante un “anárquico” sistema de producción cabía atender las necesidades de la gente de modo más cumplido que recurriendo a cualquier ordenación que pudiera estructurar un gobierno centralizado.

La maximización de los beneficios

Los economistas al abordar los problemas que suscita la economía de mercado, parten de irreal supuesto, de imaginar que la gente se afana por procurarse la máxima satisfacción personal.

La Economía al enfrentarse con los móviles que engendran la acción humana, se limita a afirmar que el hombre, mediante la acción, pretende suprimir su malestar. Sus acciones, en el campo del mercado, se concretan en compras y ventas. Lo que la Economía afirma de la oferta y demanda; es aplicable a cualquier tipo de oferta y demanda; sin que la certeza de esa afirmación quede limitada a determinadas ofertas y demandas, engendradas por circunstancias especiales que requieran definición particular. El vendedor, en la alternativa de *percibir* más o percibir menos de un bien que pretenda vender; preferirá (ceteris paribus) cobrar el mayor precio. Para el vendedor, el recaudar esa mayor cantidad supone una mejor satisfacción de sus necesidades. Lo mismo sucede con el comprador. La cantidad que este comprador se ahorra al comprar más barato le permite invertir mayores sumas en deseos que, en otro caso, habrían quedado insatisfechas. El comprar en el mercado más barato y vender en el mercado más caro –manteniendo constantes las restantes circunstancias– es una conducta natural y obligada en todo intercambio.

El empresario viene a ser servidor de los consumidores, quedando obligado a atender los deseos de los consumidores. No puede entregarse a sus propios caprichos. Los gustos y fantasías del consumidor constituyen norma suprema para el empresario; siempre y cuando el consumidor esté dispuesto a pagar el precio correspondiente. El empresario acomoda su conducta a la demanda de los consumidores. Si el consumidor es incapaz de apreciar la belleza y prefiere el producto tosco y vulgar (aun contrariando sus propios gustos) aquel empresario habrá de producir lo que los consumidores prefieran. Si los consumidores no están dispuestos a pagar más por productos nacionales que por productos importados; el

vendedor se ve obligado a surtir de productos importados si son más baratos que los productos nacionales. El empresario no puede hacer caridad a costa de la clientela; no puede pagar salarios superiores a los salarios de mercado si la clientela no está dispuesta a pagar precios proporcionalmente mayores por aquellos bienes que han sido producidos pagando esos salarios superiores.

El planteamiento es distinto cuando se trata de gastar los propios ingresos. En tal caso, el interesado puede proceder como mejor le parezca. Si le place; le cabe hacer donaciones y limosnas. Nada le impide que discrimine contra bienes de determinada procedencia; y prefiera comprar bienes que técnicamente son peores o más caros. Sin embargo, lo normal es que el comprador no favorezca caritativamente al vendedor; aunque a veces ocurre. La frontera que separa la compraventa de mercado de bienes; de la donación limosnada, a veces, es difícil de trazar. Quién hace una compra en una reunión de caridad, generalmente combina una compra comercial con un acto de caridad. Quien entrega unos soles, en la calle, al músico ciego, no está pagando por la dudosa labor musical; se limita a hacer caridad.

El hombre, al actuar, procede como ser unitario. El empresario dueño de una empresa, puede, en ocasiones eliminar la frontera entre lo que es el negocio y lo que es la caridad. Si desea socorrer a un amigo en apuro, tal vez, por delicadeza, *arbitre* alguna fórmula que evite a ese amigo; la vergüenza de vivir de la caridad. En este sentido, puede ofrecerle un cargo en sus oficinas, aun cuando no necesite tal auxilio o le quepa contratarlo a menor precio en el mercado. En tal supuesto, el correspondiente salario es un costo más del proceso industrial. Pero constituye inversión efectuada por el propietario de una parte de sus ingresos. Estamos ante un gasto de consumo. No un costo de producción.

La tendencia a considerar sólo lo tangible, ponderable y visible; descuidando todo lo demás, induce a errores. El consumidor no compra solamente alimentos o calorías. No pretende comer como un animal; quiere comer como ser racional. Hay mucha gente a quienes la comida le satisface más, cuanto mejor presentada y más gustosa sea, cuanto mejor dispuesta esté la mesa y cuanto más agradable sea el ambiente. A estas cosas no les dan importancia aquellos que exclusivamente se ocupan de los aspectos químicos del proceso digestivo. El que esas circunstancias tengan notoria importancia en la determinación de precios de la alimentación es compatible con nuestra anterior afirmación según el cual los hombres prefieren, *ceteris paribus*, comprar en el mercado más barato. Cuando el comprador al elegir entre dos cosas (que la química y la tecnología consideran iguales) opta por la más cara; tiene sus motivos para proceder así. Salvo que esté incidiendo en error, al actuar de tal manera, lo que hace es pagar unos servicios que la química y tecnología (con sus métodos específicos de investigación) son incapaces de ponderar. Tal vez, personalmente, consideremos ridícula la vanidad de quien paga mayores precios acudiendo a un bar de lujo, simplemente por tomarse el mismo cóctel al lado de un millonario y codeándose con la mejor sociedad. Lo que no se permite es afirmar que tal persona no está mejorando su propia satisfacción al proceder así.

El hombre actúa para acrecentar su personal satisfacción. En este sentido cabe emplear el término egoísmo; y decir que la acción humana es egoísta. Incluso las acciones que directamente tienden a mejorar la ajena condición son de carácter egoísta, pues el

hombre, personalmente, obtiene mayor satisfacción de ver comer a los demás que de comer él mismo. El ver gente hambrienta le produce malestar.

La Economía se interesa por toda acción humana, independientemente de que la acción sea engendrada por el hambre del hombre o por su deseo de aplacar el hambre de los demás.

Si, por maximización de beneficios, decimos que el hombre, en las transacciones de mercado, aspira a incrementar todo lo posible su propia ventaja, incurrimos, en redundancia de palabras, pues repetimos lo que ya se halla implícito en la propia categoría de acción.

La Economía jamás pretende emitir juicios de valor. La Economía aspira tan sólo a averiguar los efectos que han de provocar determinados modos de actuar.

Mediante sus subjetivos juicios de valor; el individuo distingue entre aquello que le produce más satisfacción y aquello que le produce menos satisfacción. En cambio, el juicio de valor emitido por una persona con respecto a la satisfacción de un tercero nada dice acerca de la real satisfacción personal de ese tercero. Tales juicios afirman cuál es la situación en que, quien lo formula, quisiera ver al tercero. Esos reformadores que aseguran perseguir la máxima satisfacción; expresan cuál es la ajena situación que mejor conviene a sus propios intereses.

4. La economía autárquica

La economía autárquica es un modelo que *supone* la existencia de un individuo aislado que por sí solo se abastece. Para estudiar el cambio interpersonal, el economista se ve obligado a contrastarlo con *supuestos* en lo que no podría darse el cambio interpersonal. Recurre a dos ejemplos de economía autárquica: la economía del individuo aislado y la economía de una sociedad socialista. Los economistas, al servirse de estos modelos, se desentiende del problema de si la economía autárquica puede funcionar o no.

El modelo es ficticio. Ni al individuo aislado ni al gobernante de una economía socialista les resultaría posible planear y actuar como si lo hacen quienes pueden recurrir al cálculo económico. No obstante, en el marco del modelo; suponemos que cabe efectuar cálculos económicos, si tal supuesto permite abordar mejor los problemas examinados.

En el modelo de una economía autárquica, se basa esa distinción: entre actuación productiva y actuación rentable con miras al beneficio; distinción en la cual se amparan infundados juicios de valor. Quienes recurren a tal distinción consideran que la economía socialista, es el más deseable y perfecto sistema de gestión. Enjuician los fenómenos de la economía de mercado ponderando cada uno de esos fenómenos según el fenómeno resulte o no justificado desde el punto de vista del sistema socialista. Sólo atribuyen valor positivo; calificándolas de «productivas» a aquellas actividades que practicaría el gobernante de tal sistema. Las restantes actividades perfeccionadas en una economía de mercado se tildan de actividades improductivas, independientemente de que puedan ser provechosas para quienes las ejercitan. Así, el arte de vender, la publicidad y la banca se consideran

actividades rentables, pero improductivas. Para la Economía no tiene importancia tan arbitrarios juicios de valor.

5. La situación de reposo y la economía de rotación uniforme

Para abordar el estudio de la acción humana conviene advertir que la acción humana siempre apunta hacia una situación que, conseguido, prohibiría posterior actuación; por haberse suprimido todo malestar o por no ser posible disimular en mayor grado el malestar prevaleciente. Por tanto, la acción humana, de por sí, tiende a la *situación de reposo*, a la eliminación de la actuación.

La gente seguirá intercambiando bienes en el mercado hasta llegar al momento en que se interrumpa y detenga el intercambio; al no haber ya nadie que crea que pueda mejorar su bienestar mediante posterior intercambio. En tales circunstancias, a los potenciales compradores dejarían de interesarles los precios *solicitados* por los potenciales vendedores, y lo mismo sucedería a la inversa. Ninguna transacción podría ser efectuada. Así surgiría la situación de reposo. Tal situación de reposo denominada situación *natural* de reposo, no es un *simple* modelo. Aparece repetidamente. Cuando cierra la Bolsa de Valores, los agentes han cumplido cuantas órdenes cabía cerrar, al vigente precio de mercado. Han dejado de vender y comprar tan sólo aquellos potenciales vendedores y compradores que, respectivamente, consideran demasiado bajo o demasiado alto el precio de mercado. Esto mismo se puede decir de todo tipo de transacción. La economía de mercado, en su conjunto, es una gran casa de contratación. En cada instante se cierran todas aquellas transacciones que los participantes, a los precios entonces vigentes, están dispuestos a aceptar. Nuevas operaciones sólo podrán ser hechas cuando varíen las respectivas valoraciones personales de las partes.

Los teoremas implícitos en la situación natural de reposo son válidos y aplicables a todo tipo de transacción. Los *compradores* de factores de producción, a la vista de *aquellas* ventas, se lanzarán inmediatamente a producir, entrando, poco a poco, de nuevo en el mercado con sus *productos*; estimulados por el deseo: de (a su vez) comprar lo que necesitan para su propio consumo, así como para continuar los procesos de producción. Ello no invalida nuestro supuesto, el cual no supone que la situación de reposo haya de perdurar. La calma se desvanecerá tan pronto como varíen las momentáneas circunstancias que la produjeron.

La situación natural de reposo es una exacta descripción de lo que acontece en todo mercado.

Al estudiar la situación natural de reposo fijamos la atención en lo que ahora mismo está ocurriendo. Restringimos nuestro horizonte a lo que momentáneamente acaba de ocurrir, desentendiéndonos de lo que después, en el próximo instante, mañana o posteriormente ocurrirá. Nos interesan tan sólo aquellos precios que efectivamente, en las correspondientes compraventa, fueron pagados (nos interesa los precios vigentes en un pasado inmediato).

Vamos a interesarnos por aquellos factores capaces de desatar una tendencia a la variación de precios. Queremos averiguar hacia dónde conducirá dicha tendencia, en tanto se vaya agotando su fuerza impulsiva, dando lugar a *nueva* situación de reposo. Denominamos precio *estático* al precio de *esa futura* situación de reposo. Para evitar confusiones hablaremos de precio *final*, aludiendo, consiguientemente, a una situación final de reposo. Esta situación final de reposo es un modelo. Porque esa situación final de reposo nunca podrá alcanzarse. Antes de que llegue a ser una realidad habrán de surgir forzosamente factores perturbadores. Pero no hay más remedio que recurrir a ese modelo por cuanto el mercado, en todo momento, tiende hacia determinada situación final de reposo. En cada instante subsiguiente pueden aparecer circunstancias que den lugar a que *varíe*. El mercado, orientado en cada momento hacia determinada situación final de reposo, jamás se aquieta.

El precio de mercado es un fenómeno real; es aquel tipo de cambio al que efectivamente se realizaron operaciones. En cambio, el *precio final* es un precio hipotético. El precio de mercado constituye realidad histórica, resultando, por tanto, posible cifrarlo con exactitud numérica en nuevos soles. En cambio, el precio final solo puede ser concebido partiendo de circunstancias necesarias para que ese precio final aparezca. No puede ser cifrado ni en valor numérico expresado en nuevos soles ni en ciertas cantidades de otros bienes. Nunca aparece en el mercado. Los precios libres jamás coinciden con el precio final correspondiente a la estructura de mercado prevaleciente. La teoría de mercado fracasaría en su intento de resolver los problemas que suscita la determinación de precios, si descuidase el análisis del precio final. Pues, en aquella misma estructura de mercado que engendra el precio de mercado; ya están operando las fuerzas que, a través de sucesivos cambios, engendrarían, el precio final y la situación final de reposo, *de no aparecer nuevas circunstancias*. El análisis de la determinación de precios contempla los momentáneos precios de mercado y la situación natural de reposo; y considera que en el mercado opera factores que provocarán cambios sucesivos de los precios, orientando el conjunto de mercado hacia distinta situación de reposo.

Las variaciones de las circunstancias determinantes de los precios no producen de golpe todos sus efectos. Ha de transcurrir un cierto período de tiempo para que su capacidad quede agotada. Desde que aparece un dato nuevo hasta que el mercado queda plenamente adaptado a ese nuevo dato, transcurre cierto período temporal. (Y durante ese tiempo, comienzan a actuar nuevos factores). Al abordar los efectos propios de cualquier variación de aquellas circunstancias que influyen en el mercado; contemplamos eventos sucesivamente encadenados, eventos que, eslabón tras eslabón, van apareciendo, efectos escalonados. Cuánto tiempo transcurrirá de una a otra situación, nadie puede predecirlo. Sin embargo, entre una y otra, existe un cierto período temporal; período que, a veces, es tan corto que puede despreciarse, en la práctica.

El modelo de la situación final de reposo sirve para darnos cuenta de la *evolución temporal* de las circunstancias del mercado. En esto se diferencia del modelo de la economía de rotación uniforme, pues la economía de rotación uniforme se caracteriza por haberse *eliminado el factor tiempo*, suponiéndose *invariables* las circunstancias concurrentes. La economía de rotación uniforme es un esquema ficticio en que los *precios de mercado* de todos los bienes *coinciden* con los *precios finales*. Los precios ya no varían;

existe perfecta estabilidad. El mercado repite, una y otra vez, idénticas transacciones. Iguales cantidades de bienes de capital llegan finalmente, en forma de bienes de consumo, a los consumidores que acaban con *ellos*. Las circunstancias de tal mercado jamás varían. Hoy es lo mismo que ayer y mañana será igual a hoy. El sistema está en movimiento constante, pero nunca cambia de aspecto. Evoluciona en torno a un centro fijo; gira uniformemente. La situación natural de reposo de la economía de rotación uniforme se perturba continuamente; sin embargo, reaparece de inmediato tal y como primeramente se presentó. Son constantes todas las circunstancias operantes, incluso aquellas circunstancias que ocasionan esos periódicos desarreglos de la situación natural de reposo. Por tanto, los precios –llamados precios estáticos o de equilibrio estático– permanecen también constantes.

La nota típica de este modelo es el haberse eliminado el transcurrir del tiempo y la alteración incesante de los fenómenos de mercado. Ni la oferta ni la demanda pueden variar, en tal marco. Sólo son admisibles aquellos cambios que no influyen en los precios. Cabe suponer que ese imaginario mundo está poblado por personas que nacen, crecen y mueren siempre y cuando no se modifique ni la cifra de población total ni el número de individuos que integra cada grupo de la misma edad. En ese supuesto no variará la demanda de aquellos bienes cuyo consumo se efectúa sólo en determinadas épocas vitales, pese a que no serán las mismas personas las que provoquen la correspondiente demanda.

Jamás existió la economía de rotación uniforme. Sin embargo, para ponderar mejor los problemas que suscita el cambio de las circunstancias económicas y el cambio irregular e inconstante del mercado, es necesario contrastar esos cambios con una situación imaginaria, de la cual, hipotéticamente, esos cambios han sido eliminados. Por tanto, el modelo de una economía de rotación uniforme sirve para abordar este nuestro cambiante mundo. Por lo mismo, se recomienda a los economistas que utilicen su interés por lo “estático”. El método estático es el instrumento mental más adecuado para ponderar el cambio. Si queremos analizar los complejos fenómenos que suscita la acción humana, es necesario que comencemos ponderando la ausencia de todo cambio, para después, introducir en el estudio determinado factor capaz de provocar específico cambio, cuya trascendencia podremos entonces examinar, suponiendo constantes las restantes circunstancias. El método estático, es decir, el método que recurre al modelo de la economía de rotación uniforme, es el único método que permite abordar los cambios que nos interesan, careciendo de trascendencia, a estos efectos, el que tales cambios sean grandes o pequeños, súbitos o lentos.

La acción es cambio; y cambio implica secuencia temporal. Sin embargo, en la economía de rotación uniforme se elimina el cambio y la sucesión de los acontecimientos. Actuar equivale a *optar*, habiendo el interesado de enfrentarse con la incertidumbre del futuro. Sin embargo, en la economía de rotación uniforme no cabe la opción, dejando de ser incierto el futuro, pues el mañana será igual al hoy conocido. En tal invariable sistema no pueden aparecer individuos que escojan y prefieran y, tal vez, sean víctimas del error; por el contrario estamos, ante un mundo de autómatas sin alma ni capacidad de pensar; no se trata de una sociedad humana, sino de una asociación de robots.

No obstante, tan insolubles contradicciones no minimizan los servicios que presta el modelo cuando se trata de abordar aquellos problemas para cuya solución el modelo es apropiado e indispensable; es decir, los problemas referentes a la relación entre precios de bienes y precios de factores de producción necesarios para su producción y los problemas que suscitan la actuación empresarial y las ganancias y pérdidas. Para poder comprender la función del empresario, así como lo que significan las pérdidas y ganancias, imaginamos un sistema en el cual ninguna de dichas realidades pueden darse. El correspondiente modelo constituye simple instrumento mental. No se trata de supuesto posible ni estructurable. Es más; no puede ser llevado a sus últimas consecuencias lógicas. Porque es imposible eliminar de una economía de mercado la figura del empresario. Los diferentes factores de producción no pueden espontáneamente asociarse para engendrar un bien. Es imprescindible la intervención racional de personas que aspiran a alcanzar específicos fines en el deseo de mejorar el propio estado de satisfacción. Eliminado el empresario, desaparece la fuerza que mueve el mercado.

El *modelo* adolece de otra deficiencia: en el modelo implícitamente se supone la existencia del dinero y el intercambio indirecto. ¿Qué clase de dinero podría existir en ese mundo imaginario? Bajo un régimen en que no hay cambio, la incertidumbre con respecto al futuro desaparece y consecuentemente nadie necesita disponer de dinero. Todo el mundo sabe exactamente, la cantidad de dinero que necesitará, en cualquier fecha futura. Por tanto, la gente puede prestar la totalidad de su dinero, siempre y cuando los correspondientes créditos venzan para la fecha en que los interesados necesitarán del dinero correspondiente. Supongamos que sólo hay moneda de oro y que existe un único Banco Central. Al ir progresando la economía hacia la rotación uniforme, todo el mundo iría reduciendo poco a poco sus saldos de dinero; las cantidades de oro así *liberadas* se orientarían hacia inversiones no monetarias (industriales). Finalmente, cuando se alcance la situación de equilibrio típico de la economía de rotación uniforme, ya nadie conservaría dinero en caja; el oro dejaría de emplearse como dinero. La gente ostentaría créditos contra ese Banco Central, créditos cuyos vencimientos vendrían sucesivamente a coincidir, en cantidad y época, con los vencimientos de las obligaciones que los interesados tuvieran que afrontar. Por su parte, el Banco Central, tampoco necesitaría conservar reservas dinerarias, ya que las sumas totales a que a diario habría que pagar coincidirían con las cantidades ingresadas en el Banco Central. Todas las transacciones podrían practicarse mediante simples transferencias sin necesidad de utilizar dinero. En tal caso, el “dinero”, dejaría de utilizarse como medio de cambio; ya no sería dinero; sería simple numerario etéreo e indeterminada unidad contable de carácter vago e indefinible. La intercalación, entre comprador y vendedor, de ese tipo de expresiones numéricas, para nada influiría en la esencia de la operación; el dinero en cuestión sería neutro con respecto a las actividades económicas de la gente. Sin embargo, un dinero neutro carece de sentido y resulta inconcebible.

El modelo de una economía de rotación uniforme es un concepto límite. La acción humana, bajo tal sistema desaparece. El lugar que ocupa el consciente actuar del individuo racional deseoso de suprimir su propio malestar; viene a ser ocupado por reacciones automáticas. Tal modelo sólo puede emplearse sobre la base de no olvidar lo que pretendemos conseguir mediante ese modelo. Debemos tener presente que queremos percatarnos de aquella tendencia, propia en toda acción, a instaurar una economía de rotación uniforme, tendencia que jamás podrá alcanzar tal objetivo mientras operemos en

un universo que no sea totalmente rígido e incambiable, es decir, en un universo viviente. Pretendemos también advertir las diferencias que hay entre un mundo viviente (en el que hay acción) y un mundo tieso; y ello sólo podemos comprenderlo mediante el argumento contrario, que nos brinda la imagen de una economía invariable. Tal contrastación nos enseña que el enfrentarse con las condiciones inciertas de un futuro desconocido –el especular–; es característico de todo tipo de actuar; que la pérdida o la ganancia son elementos característicos de la acción, imposibles de suprimir mediante arbitrariedades de ningún tipo. Cabe calificar de escuela lógica la escuela de aquellos economistas que han asimilado estas fundamentales ideas.

6. La economía estacionaria

La economía estacionaria es una economía en la que no varían ni la riqueza ni los ingresos de la gente. En tal economía cabe que se produzcan cambios que, bajo una economía de rotación uniforme, serían impensables. El tamaño de la población puede aumentar o disminuir, si paralelamente aumenten o disminuyan el conjunto de ingresos y riquezas. Puede variar la demanda de ciertos bienes; sin embargo, tal variación, habría de verificarse con máxima moderación, para permitir que el capital pudiera transferirse de los sectores que deban restringirse a aquellos otros sectores que proceda ampliar; mediante no renovar las herramientas de los primeros sectores e instalar las correspondientes herramientas en los segundos sectores.

El modelo de una economía estacionaria lleva de la mano a otros dos modelos: el modelo de una economía en expansión y el modelo de una economía en contracción. En la primera, la cuota per capita de riqueza e ingresos; y la población tienden hacia cifras cada vez mayores; en la segunda, dichas magnitudes van siendo cada vez menores.

En la economía estacionaria, la suma de todas las ganancias y pérdidas es cero. En la economía en expansión, la suma total de todas las ganancias es superior a la suma total de todas las pérdidas. En la economía en contracción, la suma total de todas las ganancias es inferior a la suma total de todas las pérdidas.

La imperfección de estos tres modelos es evidente, porque supone que cabe ponderar la riqueza y renta social. Por cuanto tal ponderación es impracticable e, incluso, inconcebible; no cabe recurrir a tal ponderación al abordar la realidad. Cuando el historiador económico califica de estacionaria, progresiva o regresiva la economía de determinada época, ello no significa que haya “medido” las correspondientes circunstancias económicas; el expositor se limita a apelar a la comprensión histórica para llegar a esa conclusión.

7. La integración de las funciones: empresario, capitalista, terrateniente²⁶, trabajador y consumidor

Cuando la gente (al abordar los problemas que producen sus propias actuaciones) habla de empresarios, capitalistas, terratenientes, trabajadores o consumidores; maneja

²⁶ Es decir, mineros-agricultores-ganaderos

tipos ideales. En cambio, el economista cuando emplea esos mismos términos, se refiere a categorías de la teoría del mercado. Los empresarios, capitalistas, terratenientes, trabajadores o consumidores de la teoría del mercado son personificaciones de las distintas funciones que se aprecian en el mercado. El que la gente al actuar, y la historia *manejen* conceptos económicos, *forjando* tipos ideales no empaña la distinción entre tipos ideales y conceptos económicos. Los conceptos económicos se refieren a funciones precisas; en cambio, los tipos ideales se refieren a hechos históricos. El hombre, al actuar, por fuerza combina, en sí diversas funciones. El hombre nunca es exclusivamente consumidor, sino, además, es empresario, terrateniente, capitalista, trabajador o consumidor. Las funciones de empresario, terrateniente, capitalista, trabajador o consumidor pueden coincidir en un mismo individuo. La historia clasifica a la gente según los fines que cada uno persigue y los medios manejados en la consecución de tales fines. Por el contrario, la Economía al analizar la acción humana en la economía de mercado aspira tan sólo a precisar sus diferentes categorías y funciones. Estamos ante dos distintas pretensiones. Su diferencia se percibe al examinar el concepto teórico del empresario.

En el modelo de una economía de rotación uniforme no hay lugar para la actividad empresarial, por cuanto, en tal modelo, *no existe cambio* que pueda afectar a los precios. Al prescindir de *esa* supuesta invariabilidad; se advierte que cualquier cambio de las circunstancias influirá en el actuar. Por cuanto la acción siempre aspira a estructurar futura situación –futuro, que, a veces, se contrae al inmediato e inminente momento–; la acción se ve afectada por todo cambio, equivocadamente previsto, en las circunstancias correspondientes al período comprendido entre el comienzo de la acción y el último momento del plazo que se pretendía atender (plazo de provisión). De ahí que el efecto de la acción humana siempre será incierto. El actuar implica especular. Ello sucede en la economía de mercado, como en el supuesto del individuo autárquico y el supuesto de una economía socialista. En el modelo de una economía de rotación uniforme nadie es ni empresario ni especulador; por el contrario, en la economía verdadera y funcionante, cualquiera sea, quien actúa es siempre empresario y especulador; *aquellas personas* por las cuales quienes actúan cuidan –los niños en una economía de mercado y la gente en una economía socialista–, aun cuando ni actúan ni especulan, se ven afectadas por los resultados de las especulaciones de esos individuos actuantes.

La Economía, al hablar del empresario se refiere a específica función. Tal función constituye integra circunstancia típica e inherente al propio actuar y es ejercida por todo aquel que actúa. El plasmar esa función en una figura imaginaria supone emplear un recurso metodológico. El término empresario significa: individuo actuante contemplado exclusivamente a la luz de la incertidumbre inherente a toda actividad. Al usar tal término, nunca debe olvidarse que cualquier acción se halla siempre situada en el devenir temporal, por lo cual implica especulación. Los capitalistas, terratenientes y los trabajadores son especuladores. El consumidor también especula, al prever anticipadamente sus futuras necesidades. Muchos errores cabe cometer en esa previsión del futuro.

Llevando el modelo del empresario puro hasta sus últimas consecuencias lógicas. El empresario puro no posee capital; el capital que maneja, para sus actividades empresariales, se lo ha prestado los capitalistas. Ante la ley, dicho empresario posee factores de producción que ha adquirido con el mencionado préstamo. Sin embargo, no es propietario

de nada, ya que frente a su activo existe un pasivo por el mismo importe. Si tiene éxito en sus operaciones, será suyo el correspondiente beneficio; en cambio, si fracasa, la pérdida será soportada por los ahorristas-capitalistas prestamistas. Tal empresario viene a ser como un empleado de los capitalistas, que por cuenta de los capitalistas especula, apropiándose del 100% de los beneficios, sin responder para nada de las pérdidas. El planteamiento no se altera, ni aún admitiendo que una parte del capital fuera del empresario, que se limitaba a tomar prestado el resto. Cualesquiera que sean los términos concertados con sus acreedores, estos acreedores soportar las pérdidas habidas, al menos en aquella proporción en que no puedan ser cubiertas con los fondos personales del empresario. Por tanto, el capitalista es empresario y especulador; corre el riesgo de perder sus fondos; no hay inversión que pueda considerarse totalmente segura.

El campesino aislado que cultiva la tierra para cubrir las necesidades de su familia, se ve afectado por cuantos cambios registre: la fertilidad agraria o el conjunto de las propias necesidades. En una economía de mercado, ese campesino se ve afectado por cuantos cambios hagan variar la trascendencia de su actividad agrícola en lo que se refiere al abastecimiento del mercado. Por eso, es empresario. El propietario de factores de producción jamás puede independizarse de la incertidumbre del futuro. La inversión de dinero o bienes materiales en la producción, es decir, el hacer provisión para el día de mañana; es actividad empresarial.

Para el trabajador, las cosas se plantean de modo análogo. Nace siendo dueño de determinadas habilidades; sus condiciones innatas constituyen factores de producción muy idóneos para ciertas labores, de menor idoneidad para otras labores y totalmente inservibles para terceras labores. En el caso de que no haya nacido con la destreza necesaria para ejecutar determinadas labores, habiéndola adquirido, en cambio, más tarde, dicho trabajador, en lo que se refiere al tiempo y gastos que ha tenido que invertir en tal adiestramiento se halla en la misma posición que cualquier otro ahorrista. Ha efectuado una inversión con miras a sacar de la misma el producto correspondiente. El trabajador, en tanto en cuanto su salario depende del precio que el mercado está dispuesto a pagar por la correspondiente labor, será también empresario. El precio de la actividad laboral varía cuando se modifican las circunstancias concurrentes, del mismo modo en que también varía el precio de los demás factores de producción.

Para la Economía, empresario es el individuo que actúa con la mira puesta en los cambios que registran las circunstancias del mercado. En cambio, capitalistas y terratenientes son quienes actúan con la mira puesta en aquellos cambios de valor y precio que (aun permaneciendo constantes las restantes circunstancias del mercado) acontecen por el simple transcurrir del tiempo, a causa de la distinta valoración que tienen los bienes presentes con respecto a los bienes futuros. Trabajador es el hombre que, como factor de producción, utiliza su propia capacidad laboral. De esta suerte quedan integradas las diversas funciones; el empresario obtiene beneficio o sufre pérdidas; los propietarios de factores de producción (tierras o bienes de capital) obtienen interés originario; los trabajadores ganan salarios. Así, estructuramos el modelo de la distribución funcional, distinta de la distribución histórica.

Sin embargo, la Economía emplea el término “empresario” en sentido distinto al que se le atribuye en el modelo de la distribución funcional. Se denominan empresarios aquellos individuos especialmente deseosos de sacar provecho del acomodar la producción a los cambios del mercado sólo por ellos previstos; (es decir, a gente de mayores iniciativas, superior espíritu de aventura y vista más penetrante que la mayoría) aquellos individuos atrevidos e ingeniosos que, siempre en vanguardia, engendran el progreso económico. Este concepto de empresario es menos amplio que el concepto manejado en la hipótesis de la distribución funcional; no comprende supuestos abarcados por esta hipótesis. El emplear un mismo vocablo para designar dos conceptos distintos puede engendrar confusión. Mejor hubiera sido arbitrar otra palabra, para aludir a ese segundo concepto de empresario; tal vez, cabía en este supuesto haber recurrido al término *promotor*.

El concepto de empresario-promotor no puede ser definido con rigor teórico. (En esto se asemeja al concepto de dinero, el cual –a diferencia del concepto de medio de cambio– tampoco puede ser definido con rigor teórico). Sin embargo, la Economía no puede prescindir del promotor, pues en el promotor encarna una circunstancia genérica y característica de la humana naturaleza, que aparece en toda transacción de mercado, condicionándola. Ello es así por cuanto la gente, ante el cambio de coyuntura, no reacciona todos con la misma rapidez, ni del mismo modo. La desigualdad entre los diversos individuos, desigualdad engendrada por innatas particularidades y por las vicisitudes de la vida, reaparece también en esta materia. En el mercado hay quienes abren el camino y también quienes se limitan a copiar lo que hacen sus más hábiles conciudadanos. La capacidad de mando produce sus efectos tanto en el mercado como en cualquier otro aspecto de la actividad humana. La fuerza motora del mercado, el impulso que engendra la innovación y el progreso, procede del inquieto promotor, deseoso de incrementar en todo lo posible su beneficio personal.

Siempre que pueda haber duda, cabe fácilmente desvanecer la duda empleando al término promotor en vez del término de empresario.

Función empresarial en la economía estacionaria

Mediante las operaciones a plazo; el especulador evita parte de sus funciones empresariales. Sin embargo, en la medida, en que a través de esas operaciones, se protege de posibles pérdidas futuras, renuncia a su función empresarial a favor del tercero que contrata con él. El empresario textil que, cuando compra algodón, simultáneamente lo *vende* a plazo, renuncia parcialmente a su función empresarial. Las posibles variaciones de precio del algodón durante el período en cuestión, no le afectarán ya sea en forma de pérdidas o ganancias. Sin embargo, el empresario textil no renuncia por completo a la función empresarial, pese a su venta hecha a plazo; en cambio, le afectará toda variación (que no se deba a la variación del precio del algodón) registrada por el precio de los tejidos en general o de las específicas telas que él fabrique. Aun trabajando a destajo y que, por cierta suma, tenga el empresario textil de antemano vendida la correspondiente producción, seguirá actuando como empresario en lo que se refiere a los fondos invertidos en sus instalaciones fabriles.

Suponemos una economía en la que todos los bienes pudieran venderse o comprarse a plazo. En dicha economía, la función empresarial quedaría distinguida y separada de todas las demás funciones. Aparecería una clase formada por empresarios puros. Los precios plasmados en los mercados a plazo regularían todas las actividades productivas. Sólo quienes en tales operaciones intervinieran cosecharían ganancias o sufrirían pérdidas. El resto de la población se hallaría asegurada contra la incertidumbre del futuro; gozarían de plena tranquilidad. Los elementos “rectores” de las empresas pasarían a ser simples asalariados, con ingresos de antemano prefijados.

Si además suponemos que dicha economía es de carácter estacionario y que hay una sola empresa (la que realiza todas las ventas o compras a plazo) entonces el total de pérdidas se igualaría con el total de ganancias. Bastaría con nacionalizar dicha empresa para implantar un estatismo sin pérdidas ni ganancias, un sistema de inalterable seguridad y estabilidad. Llegamos a esta conclusión en razón a que en la economía estacionaria el total de las pérdidas y ganancias se igualan. Por el contrario, bajo una economía dinámica, por fuerza ha de existir superávit de pérdidas o de ganancias.